

Sp-862 D24

51-14631

Sp-862 D24
Davalos
Asi Fasan...
\$2.00

51-14631

Keep Your Card in This Pocket

Books will be issued only on presentation of proper library cards.

Unless labeled otherwise, books may be retained for two weeks. Borrowers finding books marked, defaced or mutilated are expected to report same at library desk; otherwise the last borrower will be held responsible for all imperfections discovered.

The card holder is responsible for all books drawn on this card.

Penalty for over-due books 2c a day plus cost of notices.

Lost cards and change of residence must be reported promptly.



Public Library
Kansas City, Mo.

TENSION ENVELOPE CORP.

KANSAS CITY, MO PUBLIC LIBRARY



0 0001 4541788 7

MARCELINO DAVALOS

ASI PASAN...

Imprenta Universitaria
MEXICO, 1945

ASI PASAN...

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

60

M A R C E L I N O DÁV A L O S

ASÍ PASAN...

Prólogo

de

José Rojas Garcidueñas

EDICIONES DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
M E X I C O

1 9 4 5

Sp-862
D24

COMO exponente de una época, ese "fin de siglo" que en México no termina en 1900 sino diez o doce años después, Marcelino Dávalos tiene un lugar propio e indiscutible, no importa la aprobación o reprobación que se haga del movimiento a que perteneció.

Entre las obras de Dávalos, se ha elegido *Así pasan . . .*, tanto por sus valores técnicos o propiamente teatrales, como por la calidad igualmente característica en el tema, los personajes, las ideas y la sensibilidad toda de la época a que pertenece.

Tal cosa es particularmente apreciable porque en nuestro país resulta ordinario o normal, por

frecuente, el caso del autor en que el literato predomina y absorbe al comediógrafo, olvidando que el teatro es no sólo un género literario, sino, al mismo tiempo y sobre todo, un arte especial sujeto a una técnica particular y a un mínimo de condiciones inevitables.

Por adverso que sea el juicio para un estilo o una modalidad literaria, un autor representativo debe tener un puesto en la historia de la literatura.

Este es el caso de Marcelino Dávalos y por eso *Así pasan . . .* figura en la Biblioteca del Estudiante Universitario, que recoge los aspectos más destacados de las letras mexicanas.

PROLOGO

Marcelino Dávalos nació en Guadalajara el 25 de abril de 1871; a pesar de las dificultades de su humilde origen y de las pésimas condiciones económicas familiares, quiso seguir lo que entonces se llamaba una carrera liberal, alentado seguramente por aquel maestro suyo, don Aurelio Ortega, que fué para él un padre espiritual, al decir de sus contemporáneos. Sus estudios de bachillerato los cursó en el Liceo de Varones del Estado y luego continuó su carrera en la Escuela de Jurisprudencia hasta obtener el título que lo autorizaba a ejercer la abogacía aunque, por lo demás, sus actividades en el campo del derecho fueron casi nulas y para nada influyeron en su vida.

Sus verdaderas aficiones iban, sobre todo, a las actividades artísticas y más particularmente al teatro, a la música, a la poesía y también, por su gran afición aunque escasas dotes, a la pintura. Con tales preferencias, en el ambiente provinciano de fin de siglo, además del propio temperamento, era natural y casi forzoso que buscara realizar su propia vida con los perfiles de la bohemia despreocupada y sentimental del segundo Romanticismo, que ya expiraba en sus lugares de origen pero que seguía viviendo

y actuando en nuestras ingenuas capitales de provincia que aún no perdían su ambiente apacible, saludable y un tanto bobalicón.

Desde muy joven su gusto por el teatro y la falta de recursos lo llevaron a pisar las tablas no sólo ocasionalmente como aficionado sino que, hacia 1895, ingresó en una compañía que andaba “corriendo la legua” y así contratado o “alquilado”, como él decía, hizo una corta jira hasta Colima. Más tarde no volvió a actuar bajo ningún contrato, pero siguió tomando parte en cuadritos de aficionados que representaban juguetes y sainetillas como “El Chiflado”, “Perecito” y piezas semejantes, muy alejadas del arte teatral, pero muy propicias para diversión de las familias en aquella Guadalajara moralmente tan llana como el suelo en que se asienta y tan distante de la actual.

En su época estudiantil, Marcelino Dávalos seguía debatiéndose contra la estrechez económica, no precisamente por espíritu bohemio sino por verdadera e inevitable falta de recursos, por aquella pobreza que, desde su infancia, conoció como el marco angustioso de su vida familiar, pobreza que él trataba de remediar con sus muy débiles recursos, ya que el jefe de aquella casa, su padre, nunca pudo cumplir sus obligaciones dominado, como estaba, por la dipsomanía. En ese triste y doloroso medio íntimo se formó y creció Marcelino y, a pesar de ello, no fué ni amargado ni vicioso; por el contrario, fué hijo muy cariñoso y buen hermano y, de seguro, hondamente traumatizado por el triste ejemplo de su padre, procuraba no beber

por un horror y miedo que conservó toda su vida a que en él surgiera como herencia la atracción imperiosa y dominante del alcohol, cuyos efectos había tenido que ver tan de cerca.

Afortunadamente, en la dura lucha que fué su vida, Marcelino Dávalos tuvo siempre una de las mejores armas: su personal simpatía. Físicamente su apariencia era más bien pobre y poco destacada: de corta estatura, muy delgado; era en su trato afable, sencillo, de buen humor y amigo de participarlo a los que con él estaban; muy afecto al trato con los demás, gustaba de las reuniones, tertulias y fiestecitas caseras, donde siempre procuraba hacer todo lo posible por divertir, complacer y agradar a todos recitando, cantando o tocando la guitarra. Por todo era estimado y se le veía siempre con cierto cariño en nuestro medio; eso inducía a cambiarle el nombre por otro diminutivo y más familiar, y todo el mundo lo llamaba "Chelo" o "Chelino" Dávalos. Como una curiosidad característica en él, cuyo significado, seguramente muy íntimo, ni sus amigos llegaron a saber, se recuerda que Chelino traía siempre en el ojal de la solapa una diminuta calavera pintada al óleo sobre un botón de nácar y, cuando por el tiempo y el desgaste empezaba a borrarse, "Chelino" retocaba la calaverita que siempre lució en su ojal desde tiempos muy remotos de su juventud en Guadalajara hasta su muerte en México.

La extrema pobreza de su familia, de su casa, fué el adversario terrible con que Marcelino Dávalos se vió obligado a luchar continuamente durante muchos años.

Su vida estudiantil fué dura, amarga, difícil; seguir en tales condiciones una carrera universitaria, es algo que suele considerarse, y no sin razón, como heroico. Es cierto que la meta final se destacaba prometedora mucho más que para los estudiantes de nuestros días; en aquella época una profesión, de las llamadas liberales, quería decir muchas cosas: riqueza o, al menos, desahogo económico, garantía de estabilidad en la vida y, sobre todo, posición social con lo mucho que eso significaba, es decir un puesto en la clase alta, aprecio y consideración en la "buena sociedad", y hasta cierta autoridad en muchos aspectos de la vida social del lugar. Era, pues, explicable el sostenido esfuerzo para llegar a esa meta y obtener el título, como suele llamarse al comprobante del grado universitario correspondiente; pero en el caso particular de Marcelino Dávalos, ¿cuál fué el íntimo resorte que mantuvo la tensión necesaria en tan penoso camino? A primera vista parecería que se trata de un caso de gran voluntad, resoluciones enérgicas, constancia indomable; mas no parece que en Marcelino Dávalos la voluntad fuese algo extraordinario, ciertamente la desarrolló como tienen que desarrollarla los que soportan dura y temprana lucha y se salvan del fracaso vital, pero no es en el campo de lo volitivo donde parece encontrarse el nervio central de la vida del dramaturgo tapatío; una ojeada al panorama de su vida hace pensar, más bien, en su inquietud, su auténtica sed de conocimientos —que se satisfacía más en la variedad que en la intensidad— y, como último y definitivo apoyo: la imaginación, generadora ella misma de inquietudes, acicate de búsquedas, promo-

tora de atisbos, en fin, pivote sobre el cual parece girar lo más propio de la psicología de Marcelino Dávalos.

Su familia no tenía medios para cubrir las necesidades del joven estudiante, él debía tratar de llenarlas como pudiese: por eso corrió la legua por el occidente y por eso ejecutaba los más diversos menesteres que pudieran dejarle cantidades seguramente ínfimas de dinero, pero que le ayudaban en la constante penuria de sí mismo y de su familia. Así, aunque siempre estuvo muy lejos de ser un pintor conocía, desde joven, los elementos de la técnica y llegó a enseñar los rudimentos que él tenía, a los hijos del general Curiel, entonces Gobernador de Jalisco; gracias a tal encumbrada relación, Marcelino Dávalos obtuvo un modesto nombramiento como profesor de Artes Manuales en el Liceo del Estado, pero lo extraordinario es que con ese mínimo sueldo y lo que de vez en cuando percibía —al decir de su contemporáneo y amigo, el Sr. D. José R. Benítez¹—, “adornando salones de baile, decorando edificios públicos en las Fiestas Patrias, más sus pequeñas colaboraciones en ‘El Correo de Jalisco’ y la venta de pinturas cursis en telas, cojines y biombos, el pasante de Derecho llevaba la vida siempre riendo, siempre de buen humor . . .”

Terminó sus estudios, recibió su título, pero no se dedicó a ejercer su profesión ni en el campo de la judicatura ni como abogado postulante, pero la necesidad y falta de recursos seguía acosándole, las clases particulares de pintura producían demasiado poco cuando había que sostener, entonces con mayor razón, los gastos de su casa, con sus padres y su hermana. La búsqueda de empleo se resolvió

encontrando el más inesperado y también inadecuado para él: por amistad y con deseos de ayudarlo, el coronel Prisciliano Benítez, que gozaba de cierta influencia por sus méritos como antiguo soldado de la Reforma, recomendó a Marcelino ante la Secretaría de Guerra y por tal conducto se obtuvo, para el joven abogado, el nombramiento de asesor militar con destino en el Territorio de Quintana Roo. La intención del coronel Benítez había sido buena, pero la Secretaría, en el anonimato de los trámites, no pudo proceder con peor tino y las consecuencias del desacierto no tardaron en llegar: no mucho tiempo después el general Bravo, Comandante Militar del Territorio de Quintana Roo, escribía al coronel Benítez: "Tu recomendado es un excelente muchacho; me divierte mucho, pero si no lo sacas pronto de aquí se muere, pues no podrá con un ataque de paludismo . . ." ²

Marcelino regresó a Guadalajara y volvió a dedicarse a sus cuadros, sus versos, su guitarra y el teatro. El teatro lo llamaba; además de actor ocasional quiso ser autor y su primer paso fué un drama en dos actos que tituló Regalo de bodas, nombre que tenía especial significado en ese momento y por eso, seguramente, fué una obra siempre recordada por su autor con especial cariño aunque nunca la publicó y muy probablemente no tuvo más representaciones que las hechas por ese pequeño cuadro de aficionados, todos amigos íntimos del autor.

A ese primer paso le seguirían luego muchos otros en ese camino de dramaturgo donde Marcelino Dávalos encontró su verdadera profesión, su realización mejor.

Durante una temporada de vacaciones, en la finca de un amigo y en la calma rural de su tierra, Marcelino escribió su segunda obra, El último cuadro, cuyos personajes son los mismos, aunque en diversas circunstancias, que en Regalo de bodas.

Era el último año del siglo XIX; Marcelino Dávalos debe haber sentido que entraba en su propia madurez al encontrar su auténtica vocación; dispuesto a dejar atrás, sin negarla ni olvidarla, su etapa juvenil de intentos y ensayos, vino a México para estrenar aquí su obra y buscar una franca orientación en la nueva ruta que había de ser definitiva.

En el “Teatro Renacimiento”, hoy “Teatro Virginia Fábregas”, se estrenó El último cuadro la noche del 22 de diciembre de 1900. Ya hemos visto que no fué ésta su primera obra, pero todo el mundo lo creyó así porque con ella se dió a conocer el nuevo autor en los círculos literarios y al público de México, por lo cual y con razón se ha mencionado esa fecha como principio de la carrera del dramaturgo jalisciense; así fué en verdad, lo anterior habían sido tanteos de aficionado, pero después del estreno en la capital del país ya no había lugar a dudas, la misma inquietud puede y debe ser orientada para que sea fructífera, y la actividad sólo alcanza su objeto llevada en un determinado sentido; todo esto cobró un especial valor y, podríamos decir, una urgencia inmediata cuando cayó el telón entre los aplausos que consagraron la aparición de un nuevo autor en el teatro mexicano, pobre entonces como ahora, pero, al mismo tiempo, más entusiasta y cálido.

*El debut de Marcelino Dávalos fué un triunfo auténtico: así lo afirman quienes lo presenciaron; veintitrés años más tarde, al escribir sus notas necrológicas y recordando aquel feliz principio, decía Carlos González Peña: "Cronistas y poetas de entonces lo festejaron y aplaudieron. Manuel José Othón, Urbina, Nervo, pontificaban en el cenáculo. Se bebió a la salud del nuevo dramaturgo . . ."*³ Otro amigo, José Joaquín Gamboa, fué más explícito: "Lo conocí —decía refiriéndose a Marcelino— la noche del estreno en el 'Renacimiento' de su primer drama, *El último cuadro*, allá por el año de 1900, que fué todo un éxito, toda una consagración. Luis Urbina, árbitro de la crítica en esa época, dejó escapar su sincero entusiasmo en esta frase: 'Marcelino, despunta usted como un sol . . .' Toda la élite de los artistas asistió al estreno . . ."⁴

El triunfo determinó el arraigo: Marcelino se quedó en México, sin olvidar Guadalajara ni sus amigos, y muy pronto, diríamos mejor que inmediatamente, con su carácter espontáneo y su simpatía, hizo aquí nuevas amistades que luego, también, le redujeron el nombre al cariñoso y familiar "Chelino", como los de allá.

*No era *El último cuadro* la única pieza que traía Marcelino en su reducido equipaje; otra más, Guadalupe, venía también. Esta había sido escrita en Tlaquepaque, y si a los críticos les pareció "audaz", el público la recibió con disgusto y scandalizado; cuesta trabajo creer en tan desorbitada reacción frente a una obra cuyas faltas serán otras, pero que hoy no produciría inquietud alguna; no hace mucho, en el mismo foro que acogió *El último cuadro*, he-*

mos visto, por ejemplo, El mal de la juventud, de Bruckner, sin que nadie diera muestras del menor sobresalto; y ¿qué son los conflictos presentados en la sentimental obra de Marcelino, todos dolorosos, pero ordinarios y normales, junto a esos detonantes choques y terribles convivencias de la más elaborada cerebración y la más desenfrenada y anormal sexualidad? Resulta extraño, en extremo distante, es casi increíble, pero ahí está el testimonio del escándalo suscitado. "No tuvo Guadalupe —dice José Joaquín Gamboa en la nota ya mencionada— las representaciones que merecía, porque el público mojigato y burgués que asistía al teatro 'Hidalgo' no toleró a un autor mexicano lo que a autores tamplones extranjeros toleraba y tolera, que le mostraran las llagas y miserias que lo cubren. Un periódico ultramontano llamó a Dávalos 'el mico de Galdós'." Y ya sabemos, agregaríamos nosotros, el doble veneno que eso llevaba, porque para un periódico ultramontano de entonces, ya el original de Galdós era tenido por reprobable, de modo que la censura de su imitación encerraba doble anatema.

Otras obras vinieron después: Jardines trágicos, otro gran éxito; Así pasan . . ., de la que algo más diremos luego.

Estalló la revolución; las fiestas del Centenario —en 1910— fueron como el fin de fiesta con que se despidió el oropel de una época que, bajo la capa ridícula de sus postizos encubría hondas cualidades y también graves defectos, pero acaso un poco más de aquéllas que de éstos. Con la entrada de Madero se desataron las protestas antes

reprimidas, y en esta eclosión Marcelino tomó parte: en el “Arbeu” estrenó *Lo viejo*; no tuvo éxito, el deseo de protesta contra los errores del régimen pasado surgía en algunos, pero, en los más, pesaba mucho la fuerza y hasta la costumbre de treinta años de respeto y casi veneración por el amo que logró transformar su chusma militar tuxtepecana en cortesanos de bigotes germanizantes y maneras afrancesadas; el público vió mal que se atacara al jefe destronado, pero no debe suponerse ruindad en el autor censurando al caído y adulando al vencedor. La obra fué inoportuna pero sin baja intención, porque era limpio e indudable el impulso revolucionario de Marcelino Dávalos —aceptando ese término en su mejor sentido, sin el desgaste y la abyección en que ha venido a parar—; “Marcelino Dávalos fué siempre revolucionario, escribía J. J. Gamboa, un revolucionario sincero y leal. De humilde origen, ‘self-made-man’, que llegó a obtener un título de abogado luchando a brazo partido, tuvo el artista para los de abajo paternal piedad y compasión jamás fingida. Lo viejo había sido su obsesión, por las trabas y dificultades que tenían los jóvenes para poder surgir en los tiempos porfirianos”.

Inmediatamente siguieron otras obras: ¡Indisoluble!, *El crimen de Marciano*, *Aguilas y estrellas* y alguna otra.

En esos años de su estancia en México y al lado de su constante aunque no muy intensa labor de dramaturgo, Marcelino desempeñaba algunos cargos, como un curso de lectura escénica, que sustentaba en el Conservatorio Nacional de Música, que entonces lo era también de Declamación; seguramente en esa cátedra se gestó su Monografía del

Teatro, que en dos espigados tomitos salió, prohijada oficialmente, entre los años de 1917 y 18.

Fué aquella época, de 1900 a 1914, la mejor en la vida de Marcelino Dávalos; él, como todos los del grupo —que no llegaba a clase—, dedicados más o menos a las letras o al arte, vivían una vida despreocupada, superficial, amable: eran los últimos fulgores, chispazos de lentejuelas, de una bohemia sentimental que llevaba su romanticismo envuelto en supuestos refinamientos y gestos decadentes, pero, en realidad, era ingenuo, intrascendente y simple.

Chelino seguía cantando sus canciones acompañado de su guitarra, entre los dibujos y cuadritos de su estudio, uno de cuyos muros tapizaban innúmeras fotografías de Virginia Fábregas, por quien Marcelino tenía no sólo afecto sino admiración y agradecimiento, que ella correspondía con amistad y cariño; habían compartido las inquietudes previas a los estrenos, la incomprendición del público algunas veces y muchos aplausos en las noches de triunfo.

De la adhesión ideológica al movimiento revolucionario pasó Marcelino a enlistarse en sus filas, tomando parte activa en la política; fué diputado maderista, estuvo preso en la Penitenciaría cuando por la traición y el cuartelazo llegó al poder Victoriano Huerta, pasó el destierro en Texas. Más tarde colaboró de nuevo con el gobierno revolucionario de Carranza, sirviendo en algunos puestos de importancia, pero ya sin ímpetu, sin impulso propio. “Cuando volvió a la patria —decía González Peña—, abandonando para siempre la hórrida ciudad tejana poblada de negros, la ciudad donde evocó, entre el rugir de

las locomotoras y el estallido de los silbatos de las fábricas, su guitarra tapatía, sus canciones y sus dramas; cuando retornó a la patria, digo, venía desengañado y, tal vez en el fondo, muy en el fondo de su alma, convencido de haber errado el camino . . .” Efectivamente, no eran las lides de la política, ni menos en época tan azarosa como aquélla, para el carácter de Marcelino; mucho había sufrido en su infancia y en su juventud, logró después mejorar no solamente sus condiciones económicas sino alcanzar posición, nombre y fama; volver a sentir, ya pasados los cuarenta años, la penuria, las penalidades del exilio, rehacer entonces de nuevo su vida, todo eso le fué muy doloroso y lo hirió muy profundamente. “Se refugió en el periodismo —continúa diciendo su amigo en la nota luctuosa—. Vivía aislado; un poco olvidado; un mucho triste, pero sin que le abandonara nunca aquel gesto de bondad y de paz que le conocimos así en los días gratos como en los aciagos . . . Toda una época había pasado ya . . . Y se marchó en silencio.”

Un grave mal —tuberculosis en el estómago, probablemente— lo consumió. Seguía trabajando, acudía puntual y diariamente a la redacción de “El Universal”; luego dejó de versele unos cuantos días, pero, como era en las fiestas patrias de septiembre, los compañeros no lo advirtieron, y aunque las apariencias de su grave estado eran manifiestas de tiempo atrás, fué una dolorosa sorpresa la noticia de su muerte, ocurrida el 19 de septiembre de 1923 en su casa de la calle de los Héroes; al día siguiente fué sepultado en el Panteón de Dolores.

* * *

La creación y desarrollo, florecimiento y auge de un teatro mexicano, es uno de los temas que, de puro repetidos y sobados, amenazan caer en esa gran fosa del lugar común a donde van a parar tantos problemas y proyectos de toda índole.

Hace más de un siglo, en 1838, Ignacio Rodríguez Galván, en líneas preliminares a su Muñoz, Visitador de México, se quejaba del "lastimoso abandono en que nuestros gobiernos" han tenido al teatro, y él reclama como una gloria propia el hacer obras que sean los primeros pasos del teatro mexicano, en el sentido más amplio y correcto del término, sin estrecheces pintorescas ni tontas limitaciones nacionalistas.

A fines del siglo pasado parece decaer el interés por la comedia y el drama, ante la atracción que sobre el público ejercían las diversas formas del teatro lírico: desde la ópera hasta el llamado género chico que imperaba en las famosas tandas del "Principal".

Pero no habían muerto el deseo ni la esperanza de crear un teatro mexicano. A principios de este siglo XX un nuevo ensayo, un nuevo e importante paso se da, con la ayuda y el entusiasmo de la actriz doña Virginia Fábregas, actuando en el teatro que ahora lleva su nombre y antes, como queda dicho, se llamó "Renacimiento".

Es a tal intento de creación, más que de resurgimiento, al que pertenecen las obras —al menos las primeras— de Marcelino Dávalos; tal vez las particulares condiciones de

aqueel momento expliquen o hayan motivado apreciable porcentaje en los éxitos de algunas obras que ahora nos parecen poco satisfactorias.

Porque es notable la desigualdad que se observa al comparar las distintas piezas de Marcelino Dávalos: en la primera de las estrenadas aquí y accesibles por su edición posterior, aquella titulada El último cuadro, se encuentran muy fuertes resabios del teatro romántico de fin de siglo y, a pesar del triunfo y de los elogios siempre dudosos de los críticos, tal obra no puede admitirse sino como un formal ensayo de autor novel; en cambio, verdadero progreso muestran otras piezas, escritas más tarde y ya mencionadas en páginas precedentes.

Sería muy largo y tal vez inútil, careciendo de los textos relativos, analizar literariamente cada obra; por eso aquí sólo van algunas notas que ayuden al examen y valoración de la pieza en tres actos. Así pasan . . ., cuyo texto se ha elegido para figurar en esta Biblioteca, tanto por ser una obra típica y característica de su época, como también por sus aciertos técnicos y las diversas condiciones loables que encierra.

El tema de Así pasan . . ., en la intención del autor, parece quiso ser el amor de una actriz frustrado por prejuicios de clase, pero luego se superpone el conflicto o el drama, mejor dicho, de la misma actriz, cuando la edad y el cambio de gusto en materia teatral la relegan de la brillante actuación que alcanzó en días de gloria. Hay, pues, dos temas que, aunque ligados en el mismo personaje principal, restan unidad a la obra.

La trama —o sea la construcción o arquitectura de la obra— presenta tres etapas correspondientes a cada uno de los actos: el primero, en 1864, los principios de la carrera triunfante de la actriz, en plena juventud, y el comienzo de su pasión amorosa; luego viene el segundo acto, en 1871, con el apogeo de su gloria y el drama personal de su amor frustrado; por último, tercer acto, muchos años después, en 1908 —fecha real de la obra y año de su estreno—, la vejez y la decadencia de la artista que alcanzó fama; en este último acto el tema de su amor es sólo ya un vago recuerdo y, en cambio, presenta otra situación dramática: la situación personal de la actriz postergada, incomprendida, con una solución triste refugiándose en el cariño del viejo amigo que ella nunca amó.

En realidad, esta pieza ofrece en cada uno de sus actos una trama particular y la unidad de la obra se consigue por el enlace de esos temas, ligados entre sí en la misma personalidad del personaje principal. Una notable cualidad es que, en cada acto, podemos encontrar un ritmo interno propio y un color o tonalidad psicológica bien lograda, que les da gran relieve sin desligarlos ni romper el hilo de la obra. El defecto, a nuestro juicio, consiste en que hay dos temas que se superponen el uno al otro, del segundo al tercer acto, de modo que para la solidez y coherencia de la obra acaso hubiera sido preferible disminuir la fuerza del tema en que se resuelve el segundo acto dejándolo en un plano secundario —aunque con ello peligraría la fuerza final del acto—, o bien prolongar este tema de manera que llegara hasta el tercer acto, final de la pieza.

Los personajes están bien tratados. Descuella, sobre todos, el correspondiente a la primera actriz. La cuestión de si en tales personajes el autor quiso "retratar" o aludir concretamente a ciertos momentos y a determinadas personas es asunto de mera curiosidad anecdótica que en nada influye para el valor artístico de la obra. En el reparto del estreno los papeles principales estuvieron a cargo de Virginia Fábregas, Solares y Ricardo Mutio, en el "Teatro Virginia Fábregas", la noche del 16 de octubre de 1908.

El ambiente es correcto y propio, más acentuado y mejor logrado en los dos últimos actos; es, como los personajes y en general la obra toda, de tipo realista, dentro de la gran corriente teatral española y francesa que predominó en los finales del siglo pasado y principios del actual.

Así pasan . . . es, indudablemente, una de las mejores si no la mejor de las obras dramáticas de Marcelino Dávalos. Muchos de los graves defectos que se notan en piezas anteriores se encuentran aquí muy corregidos, particularmente esa nociva tendencia, tan marcada en otros dramas, que consiste en alargar y aumentar inútilmente los parlamentos de modo que la acción casi se ahoga, a ratos, en esos ríos de palabras totalmente superfluas, defecto que, repetimos, se encuentra muy aminorado en esta pieza.

Es indudable que Marcelino Dávalos fué un autor con verdadero y auténtico sentido de lo dramático, acaso le faltó amplitud en el conocimiento del aspecto literario o, tal vez, deliberadamente se dejó influir por la literatura dramática y no dramática de moda en su tiempo; también se nota, en ocasiones, que sus personajes sugieren una ma-

yor hondura psicológica que el autor no quiso o no pudo agotar. Con todo, la falla máxima, pues que de sus defectos hablamos, del teatro de Marcelino Dávalos, es la tremenda desigualdad de su producción, por ello muy difícil de juzgarse en conjunto y de una plumada, pues así como tiene obras no sólo apreciables sino buenas, otras hay que son francamente malas. Pero, en resumen, Marcelino Dávalos es una figura importante en la reducida lista de los dramaturgos mexicanos modernos y sólo la raquítica vida, si vida puede llamarse a esas débiles e intermitentes manifestaciones del teatro mexicano, sólo su precaria condición y su total descuido explican la casi completa ignorancia de tal autor, muerto en fecha relativamente cercana.

Sirvan, pues, estas breves notas biográficas y críticas y, sobre todo, esta reimpresión de una obra suya, para la mejor comprensión de ese dramaturgo tan injustamente olvidado, espíritu sensitivo, tan característico de lo mexicano en sus defectos y en sus cualidades, en su obra y en su vida.

JOSÉ ROJAS GARCIDUEÑAS

NOTAS

1 JOSÉ R. BENÍTEZ. *¿Y por qué? . . .* Talleres Gráficos de la Universidad de Guadalajara. Guadalajara, 1940.

2 *Op. cit.*

3 CARLOS GONZÁLEZ PEÑA. Nota necrológica en "El Universal" del jueves 20 de septiembre de 1923. México.

4 JOSÉ JOAQUÍN GAMBOA. *Marcelino Dávalos*, en "El Universal", 21 de septiembre de 1923. México.

ASI PASAN...

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Virginia Fábregas,
la noche del 16 de octubre de 1908



ACTO PRIMERO

1864

" "

Victoria de Alba
Ana, su nodriza
Doña Dolores de Gargolla
Doña Josefa del Pino
Gabriel
Máximo
Gral. Ibarrondo y Arrillaga
Señor Ormaechea
Un criado
Un policía
Otro policía

ACTO PRIMERO

Un saloncito en la casa de Victoria, suntuosamente decorado. Las dos puertas del fondo comunican con el salón en que tendrá verificativo el baile; los criados van de una a otra parte, cuidando los últimos detalles del adorno: las flores, el alumbrado, etc.

La puerta de la derecha se supone ser del boudoir de Victoria; la de la izquierda comunica con el interior de la casa. Una mesita con recado de escribir, libros, etc. Son las ocho de la noche.

ESCENA I

Máximo y Ana, que defiende la entrada del boudoir de Victoria

ANA

Los de casa platican o callan; se sientan o no; pero no molestan, señor mío: no estoy para dar explicaciones de a

quién recibe o con quién platica mi Victoriosa —digo— Victorica. Acabarán ustedes por untarme en la lengua el nuevo nombre de mi niña.

MAXIMO

El solo, propio y único digno de tal artista. Sé razonable, Ana; deseo verla.

ANA

Para estar charla y charla . . . Mire usted; mire usted la hora. La están peinando para luego vestirla. Dentro de unos minutos estarán en casa los invitados . . . y diga, dígame usted . . . ¿veremos a doña Doloritas?

MAXIMO

Doña Dolores de la Gargolla, Treviño y Ballesteros, Dama de Honor de la Emperatriz y Gran Cruz de San Carlos . . . vendrá, sí señor.

ANA

Es una gloria . . . un honor para Victorica.

MAXIMO

Victoriosa.

ANA

Victorica.

A S I P A S A N . . .

MAXIMO

Y en todo caso, dos honras serán: viene también doña Nepomucena Collantes y Gorozpe, Dama del Gran Séquito y Gran Cruz . . . etcétera.

ANA

¡Cómo suena lindo todo eso!

MAXIMO

No, Ana: son muchas cruces ¡mal presagio! El General, que tampoco faltará, don Severo Ibarrondo y Arrillaga, es también Gran Cruz de Guadalupe y Consejero Honorario.

ANA

No me perdonó aquella mi oposición a que mi niña fuera cómica . . . Digo "mi niña", porque casi, casi . . . imagínese usted, fuí su nodriza. Máximo, pégueme; déme un manazo en la cabeza.

MAXIMO

Ana . . . quita . . . ¿por qué?

ANA

Si lo merezco: ¡burra! más que burra . . . pegue, pégueme usted.

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

Vamos, ya está.

(Dándole un golpecito cariñoso.)

ESCENA II

Dichos y un Criado con un ramo de flores.

CRIADO

Para la señorita.

ANA

¿Quién lo trajo?

CRIADO

El señor Ormaechea.

(Vase.)

ESCENA III

Ana acomodando las flores en un jarrón y Máximo

MAXIMO

Vale Ormaechea en oro, más de lo que pesa. (Leyendo.) "A la egrégia actriz y distinguida mexicana Victoria de Alba."

A S I P A S A N . . .

ANA

Mucho se merece Victorica; pero . . . ¿y el autor de la obra? ¿y don Gabriel?

MAXIMO

(*Alarmado.*)

¡Silencio, Ana! ¿cómo lo sabes? ¿quién te ha dicho? . . .

ANA

Ustedes lo dijeron. ¿Hay además algo de malo en escribir obras y una obra tan locamente aplaudida como la suya? (*Imitando.*) ¡El autor! ¡el autor! Y cuando usted declaró que por modestia no había asistido al estreno, rabibaba yo por gritarles: ¡Mentira! ¡está aquí, en el cuarto de mi Victorica!

MAXIMO

En serio, Ana, es preciso ignorar el nombre del autor
¿has entendido?

ANA

Corriente . . . y en hablando del rey de Roma . . .

(*Por Gabriel que aparece.*)

ESCENA IV

Dichos y Gabriel, con flores

ANA

Pues sí, señor don Gabriel; yo no sé, absolutamente no sé quién sea el autor de la obra de anoche.

GABRIEL

Anita . . . Máximo.

MAXIMO

Estoy ebrio todavía de tu triunfo. ¡No haberte podido estrechar entre mis brazos a mis anchas!

GABRIEL

Aprieta hoy cuanto gustes.

MAXIMO

¡Se comenta de tan diversas maneras el estreno! Hay quien me ha dicho: Fué una burla sangrienta a Sus Majestades, y el haberles invitado, un escarnio.

GABRIEL

Se pretendió callar a los que aplaudían y . . . naturalmente, redobló el aplauso.

A S I P A S A N . . .

ANA

¡Callarles! . . . ¿y el motivo?

MAXIMO

Hablas demasiado; es peligroso, por lo mismo, entrar en explicaciones contigo.

(Volviéndose a Gabriel.)

GABRIEL

Estuvo inimitable Victoria.

MAXIMO

Colosal.

GABRIEL

Llegué a dudar por momentos si hablaban ustedes o si era la República que dejaba oír su voz en la majestad del salón.

ANA

¿Cómo la República?

MAXIMO

Eh . . . eh, Ana, ¿no hay alguna ocupación por allá dentro?

M A R C E L I N O D A V A L O S

ANA

¡Cuidadito conmigo! Si por culpa de ustedes ocurre
algún desaguisado a mi niña, ni tres emperadores, ni siete
presidentes . . .

GABRIEL

Anita . . .

MAXIMO

Ana . . .

ANA

. . . me ponen en cuidado; pero mi Victorica . . .

ESCENA V

Dichos y doña Josefa

DOÑA JOSEFA

La invitación recibida habla de un baile; si de reñir se
trata, me voy por donde vine.

ANA

Estos judíos perjudicarán a mi criatura.

A S I P A S A N . . .

DOÑA JOSEFA

No sabe usted lo que dice, Ana: Gabriel y Victoria están a salvo del olvido. Amigo mío, Máximo, son ustedes unos valientes.

GABRIEL

¿Y la opinión general? . . .

DOÑA JOSEFA

Nada bueno augura y aun temo el fracaso de nuestro festival. (A Ana.) ¿Ormaechea?

ANA

Mandó ese ramo.

DOÑA JOSEFA

Pero si hablaba con alguien cuando yo subía . . . ¿No lo dije?

(Aparece *Ormaechea* por la izquierda.)

ESCENA VI

Dichos y Ormaechea

ORMAECHEA

Amiga mía, amigos . . . ¡Malas nuevas!

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

Vengan.

ORMAECHEA

Probablemente no tengamos la inusitada honra de ver entre nosotros a las y a los distinguidísimos *pelucones* viejos.

DOÑA JOSEFA

Lo decía.

ANA

¿No vendrá doña Doloritas?

MAXIMO

Ni el General.

DOÑA JOSEFA

Ni doña Nepomucena.

GABRIEL

Se aguó el rigodón.

MAXIMO

Y pierde Victoriosa la mitad de su apuesta.

ORMAECHEA

¿Apuesta? ¿Cuál es ella?

DOÑA JOSEFA

Estoy al tanto.

MAXIMO

La primera ocasión en que la señorita Peralta cantó *«I Puritani»*, en uno de los entreactos nos dió a conocer su romanza “El regreso a la Patria”; y, si el partido republicano la tomó a su modo; si la romanza tiene en efecto alusiones en contra del Imperio, es lo cierto que un aplauso sin precedente estalló en el teatro; los más encontrados gritos volaron de partido a partido. Victoria y yo estábamos en el palco del general Ibarrondo — *cangrejo* y muy señor mío, pero un gran devoto de ella. El General, visiblemente contrariado, murmuró: “¡Farsantes! como si una canción, sus aplausos y gritos, pudieran hacernos daño.” Y Victoria: “Evidente . . . una canción no es un incendio, pero, ¿por qué no ha de ser la chispa que lo determine?” Como el General se pusiese a reír, agregó Victoriosa: —No me provoque usted, General, o el día menos pensado represento una obra . . . — ¿Y la previa censura? —Me pasare sin ella. — ¡Cuidado! — Y hay algo más: han de celebrar ustedes mismos mi “farsa” al vaivén de un rigodón.

ANA

¡Ajajá! ¡entendido! todo ha sido preparado por...
¡no puede ser! no lo puedo sufrir y no...

GABRIEL

Me habló de su proyecto; me infundió entusiasmo...
y el asunto se presta. ¡Treinta y uno de Mayo! Yo vi
arriar nuestra bandera; tenía el acto no sé qué de trágico...
No flotaría más el águila libre sino la de hoy: la
de la cabeza abrumada por el bochorno de una corona. Vi
salir de palacio a Juárez, con la serenidad de su fe: con él
salían la República y el Derecho. ¡Cómo diré!... todo
esto produjo en mí «El despertar del león» que aplaudie-
ron ustedes y aplaudí yo mismo por desahogar en alguna
forma mi emoción.

(*Suena el reloj.*)

ORMAECHEA

Las ocho y media; dentro de unos instantes sabremos
a qué atenernos.

ESCENA VII

Dichos y un Criado con flores

DOÑA JOSEFA

¡Vaya si es ramo!

A S I P A S A N . . .

MAXIMO

Oigan ustedes la dedicatoria: "A la distinguida actriz mexicana Victoria de Alba — alba de la victoria de nuestro teatro. — Los hijos de la Academia de Bellas Artes de San Carlos."

ANA

Aquí . . . aquí lo pondremos.

(Vase el criado.)

VICTORIA

(Dentro.)

Anita . . . Ana . . .

ANA

(Desde el umbral.)

Hija . . .

VICTORIA

(Dentro.)

¿Está contigo Gabriel?

ANA

No ha venido.

GABRIEL

Pero . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

ANA

¡Chist! Sólo doña Josefa y . . .

VICTORIA

He oído su voz . . .

ANA

La de doña Josefa . . . y dale . . .

MAXIMO

¿Lo ves?

GABRIEL

Sin embargo, nunca hemos hablado de amor, te doy mi palabra, y no he menester jurarte cuánto me alegraría verte amado por ella.

MAXIMO

No tengo esperanza.

DOÑA JOSEFA

Señores: propongo que si el triunfo . . .

ESCENA VIII

Dichos y Victoria

VICTORIA

(Desde la puerta y amenazando a Ana.)

Picarona, pícara, ¿no decías que no estaba? ¡Viejecita marrullera! *(Persiguiéndola.)* No corras . . .

ANA

¡Don Gabriel! . . . ¡Don Gabriel! . . .

(Refugiándose tras él.)

VICTORIA

No quedarás sin tu merecido.

GABRIEL

Gracia para ella si deseas estas flores.

(Se las presenta y al ir a cogerlas Victoria, las esconde.)

ANA

(Tras de Gabriel.)

Anda . . . pégame ahora.

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

Mi querido Gabriel, doña Josefa . . . Máximo, sujetala.

ANA

Y adiós flores. Ni éas ni éstas . . . adivina ¿quién las trajo?

VICTORIA

(A Ormaechea.)

¿Usted?

ORMAECHEA

Y con ellas el alma y el corazón.

VICTORIA

“Alma . . . corazón . . .” ¿Y qué deja para usted?

ORMAECHEA

Lo que Alejandro el Grande: la esperanza.

VICTORIA

(Leyendo la dedicatoria del ramo de la Academia.)

Hermosa dedicatoria; pero inmerecida. Doña Josefa, he cumplido mi palabra.

A S I P A S A N . . .

DOÑA JOSEFA

Por eso estoy aquí.

VICTORIA

La obra fué al escenario.

ANA

Así me la trastornan. Hoy es todo alegría y por eso están ustedes con ella; pero cuando por sus locuras vengan las persecuciones consiguientes, sólo esta pobre vieja lo sufrirá.

TODOS

Y yo . . . y yo.

VICTORIA

Debes querer lo que yo quiera y ¡chitón!

ANA

¿Has olvidado a tu padre?

VICTORIA

Murió por sus convicciones. Cuando el verdugo ordenaba “¡Fuego!”, según me has dicho tú, atronó los aires su voz enérgica: “¡Viva la República! . . .” De ese grito nací yo.

M A R C E L I N O D A V A L O S

ANA

¡Silencio!... Si te oyeren... Acaba de parar un coche; tal vez haya gente en el salón... si te oyeren...

ESCENA IX

Dichos y un Criado con flores

CRIADO

Para usted, con esta carta.

VICTORIA

¿Aguardan contestación?

CRIADO

No, señora.

VICTORIA

Está bien.

(*Vase el criado.*)

ESCENA X

Dichos, menos el Criado

DOÑA JOSEFA

¿De quién?

A S I P A S A N . . .

GABRIEL

¿De quién es?

VICTORIA

Oigan, oigan ustedes: "Tu león despierta y para des-
perezarle te ofrendo «Los Puritanos» de esta noche. Con el
corazón de artista, el alma de tu amiga, Angela Peralta."
(*Hebrado.*) Y luego, subrayado (*Lee*): "Cantarina di
cámara".

TODOS

¡Bravo! . . . ¡Viva!

VICTORIA

(*A Ana.*)

¿Lloras?

ANA

Si todos te empujan al peligro y la pobre vieja no pue-
de contenerte . . . ¡cómo ha de ser!

VICTORIA

Ea . . . se acabó.

GABRIEL

Ana, son tiempos de lucha; si en el campo de batalla
no está nuestro sitio, tenemos, en cambio, el libro, el
teatro . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

Predicas en desierto. Tenía quince años cuando la jura de Su Majestad Agustín I; se codeó con los personajes de los tiempos de Su Alteza Serenísima . . . Es "verde". ¿Cómo ha de quererme a mí si soy "roja"?

ANA

Ingrata . . .

VICTORIA

No, nanita. (*Acariciándola.*) Ya está . . . bah . . . Un beso.

ANA

Tú eres quien debe dármelo.

VICTORIA

¡Un beso he dicho! (*Ana la besa.*) Ahora vas al salón y en cuanto lleguen doña Doloritas o . . .

ANA

No vendrán. (*Por todos.*) Ellos lo decían . . .

VICTORIA

¡No vendrán!

A S I P A S A N . . .

MAXIMO

Eran nuestros temores. ¡Se comenta el estreno de tal modo . . . !

VICTORIA

¡Perdida mi apuesta! ¡mi gozo al pozo! ¡Vendrán!
(A Ana.) Andando, y en cuanto lleguen, avisas. ¡Pues no faltaba más!

(Vase Ana.)

ESCENA XI

Dichos, menos Ana

VICTORIA

Si no vienen, adiós mi rigodón. El general se ríe de mí y . . . ¡mi rigodón! El 29 de junio lo bailó doña Nepomucena en el Teatro Nacional . . . ¡a los sesenta y dos años de edad!

DOÑA JOSEFA

¡Cuidadito! Es del Gran Séquito y Gran Cruz de San Carlos.

GABRIEL

Como si tú no te hubieses codeado con la nueva nobleza.

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

Sí señor: fuí presentada a Sus Altezas Imperiales y Reales uno de los lunes de la Emperatriz.

GABRIEL

Muy señora mía . . .

VICTORIA

El Emperador . . . ¡qué guapo es el Emperador! A propósito: me invitó a visitar su quinta de campo en Cuernavaca.

MAXIMO

¡Victoria!

(Riñéndola.)

DOÑA JOSEFA

¿Y qué hay allí?

VICTORIA

¿Lo digo, Gabriel?

GABRIEL

¡Pero, Victoria . . .!

DOÑA JOSEFA

¿No aceptaste?

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

Es un honor que no merezco, ni espero merecer jamás . . .

DOÑA JOSEFA

¿Pero qué hay allá?

VICTORIA

¿Lo digo, Máximo? (*Ante el gesto de asombro de Máximo.*) No puede decirse. Previamente instruída por doña Doloritas, y tomados mis apuntes — era cosa de hacerlo — verán ustedes, por aquí debe andar mi librito . . . (*Lo busca.*) Temí tropezar con gente cuyos nuevos apellidos me fueran desconocidos. (*Por el librito.*) ¡Helo aquí! Este por ejemplo. Debo hacer antes una aspiración larga, larga . . . (*Aspira cómicamente y lee:*) “Don Antonio Diego de la Luz, Suárez Peredo Hurtado de Mendoza, Paredes Rochel Vivero y Velasco, Baumont y Leré, Conde del Valle de Orizaba, Vizconde de San Miguel, Caballero de los Olivos y Arrillaga, Gran Chambelán de la Emperatriz . . . etcétera . . . etcétera . . . ¡Ah . . . Jesús!

MAXIMO

Creí que nunca terminaría eso.

DOÑA JOSEFA

¡Nombres son!

VICTORIA

Previamente instruída —decía— por doña Doloritas en el ceremonial de la corte, fuí presentada a Sus Majestades. Me impuso el Emperador: no se le puede ver sin amarle . . . compadecerle . . . no sé; hay que convenir en ello. La Emperatriz . . . me habló del fusilamiento de mi padre, pidiéndome no culpase al partido conservador, sino a la revolución. En este instante, Almonte, sin cuidarse de si interrumpía o no a su soberana, exclamó con énfasis: "Los bandos tienden a fundirse, por fortuna, en la magia de esta sola palabra: ¡Monarquía!" Doña Doloritas, en su asiento, parecía atacada de mal de San Vito: la deseaba soltar . . . y la soltó.

MAXIMO

¿Sí?

DOÑA JOSEFA

¿Soltó, qué?

VICTORIA

—Pido a Sus Majestades me concedan una gracia. —¿Cuál? —Mi hacienda está a dos pasos . . . he preparado para el domingo próximo y en vuestro honor una fiesta campestre . . . Si os dignarais honrarme . . . ¡habrá mole de guajolote! — La Emperatriz se puso roja, y volviendo sus expresivos ojos al Emperador, le dice: —Max . . .

A S I P A S A N . .

¿os acordáis de las cumbres de Acultzingo? —¡Oh, oh! . . .
guagolote . . . pulque . . . tortías . . .

MAXIMO

Delicioso.

GABRIEL

Divino.

VICTORIA

Y a todo esto, los chambelanes, secretarios de ceremonia, caballerizos, grandes cruces, limosneros, enfundados en sus vestidos churrigerescos, me daban la idea de muñecos de barro mal parados; sentía ansia de ir a ponerlos derechos; enseñarles a llevar los trajes: quitar a éste las arrugas; acomodar al otro el faldón, la corbata . . . y para cerrar la fiesta, una de las sexagenarias del Gran Séquito se adelanta, cajetilla de cigarrillos en mano, y dice a la Emperatriz: “¿No *chupa*, Carlotita?”

DOÑA JOSEFA

Por culpa tuya, en llegando Doloritas . . . ja . . . ja . . .
me le río en las verrugas.

ESCENA XII

Dichos y Ana

ANA

(*Agitada.*)

Hija . . . ¡ya vinieron!

GABRIEL

Bien.

ANA

Anda . . . doña Doloritas . . . doña Nepomucena . . .

VICTORIA

Señores . . . ¡está ganada la mitad de la apuesta! ¡Y el General?

ANA

Todavía no.

VICTORIA

Gabriel, señora . . . vayan ustedes al salón; es preciso distraerlas, y el golpe es declarar ganada la partida durante el rigodón. Que aún no estoy lista . . .

GABRIEL

¿Vamos?

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

No, eso no; pudieran venir a verme: estoy en arreglos con mi empresario. Esto es demasiado grotesco y no vendrán.

ESCENA XIII

Victoria y Máximo

MAXIMO

Si en la apuesta sales victoriosa, el grupo de triunfadores hará más triste mi condición de vencido.

VICTORIA

¿Vencido? ¿por qué? En amor... no; pero en ese viaje de almas hermanas, en nuestra peregrinación de artistas, me llevas de la mano.

MAXIMO

De la mano... ¿y del alma quién?

VICTORIA

Ninguno.

MAXIMO

¿Y Gabriel?

VICTORIA

Un compañero de viaje... como tú.

MAXIMO

¡Ser artista y no amar!

VICTORIA

Amo la gloria... el arte... a Gabriel... a ti... Ni es posible en nosotros amar de otra suerte. ¡Ay, Máximo! en fuerza de fingir tantos amores, acabamos por no sentir ninguno. Sin embargo, si llegase a amar sería a Gabriel; no te enoje mi franqueza. En cuanto a ti, recorremos el mismo camino, y es tan estrecho... difícilmente podremos ir unidos. ¿Es el arte lo que hacia mí te atrae? Pues justamente cuando me poseyeras, sería quien de mí te separara.

MAXIMO

¡Oh... no!

VICTORIA

¡Oh... sí! ¿Sabes por qué? Hoy piensas, si bien no lo dices: "Esa, ante la que se inclinan, se disputan y cruza triunfadora ante las multitudes... ¡será mía!" Y ¿mañana?... Al convencerte de que únicamente la mujer, la estatua habías obtenido, y la artista continuaba siendo de todos, entregando por un aplauso el alma a las multitudes...

A S I P A S A N . . .

entonces la enfermedad de los celos te alejaría de mí . . .
ella nos separaría.

MAXIMO

No . . . no.

VICTORIA

Sí . . . sí, mi amigo, mi genial artista. Amame como
hasta hoy: en el escenario. Será el secreto para interpretar
altamente el amor: nada se ama con tal excelsitud como lo
que imaginamos no alcanzar. Elévame o arrástrame — teat-
ralmente; salpícame del fango del camino o dame alas para
cruzar de astro en astro; bésame o mátame — teatralmente
y de mentirijillas, por supuesto —, pero . . .

MAXIMO

¡Te amaré toda mi vida!

VICTORIA

¿Teatralmente?

ESCENA XIV

Dichos y Gabriel por el fondo

GABRIEL

Ni el empresario dió resultado y . . . ¡allí viene!

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

Pues me fugo.

GABRIEL

¿Qué vamos a decirle?

VICTORIA

Allá ustedes . . .

(Vase por su boudoir.)

ESCENA XV

Doña Dolores, Doña Josefa, Máximo y Gabriel

DOÑA DOLORES

¿Dónde, en dónde está? . . . ¿habéis visto?

MAXIMO

El pícaro empresario . . . ¿lo creerá usted? por un miserable adelanto exige fianza.

DOÑA DOLORES

Yo la doy.

DOÑA JOSEFA

Han tenido un escena violenta.

DOÑA DOLORES

Y si tantas le hace, pongo el grito en el cielo ¡cuidadito!
a ver si Sus Majestades le cierran el teatrullo.

ESCENA XVI

Dichos y el general Ibarrondo

GENERAL IBARRONDO

Señoras, señores . . . ¿y Victoria?

DOÑA JOSEFA

Vendrá dentro de un momento.

DOÑA DOLORES

¿Estuvisteis en el teatro, General?

GENERAL IBARRONDO

Sí, señora.

DOÑA DOLORES

¡Colosal! ¿No es cierto? ¿Cuándo en aquellos tiempos
demagógicos se produjo nada igual o semejante? El nuevo
régimen nos ha sutilizado . . . ¿cómo diré? . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

GENERAL IBARRONDO

¿Lo cree usted? De la obra ¿qué decir? . . . La representación, admirable.

MAXIMO

La obra nos pareció hermosa: de ahí que pusiéramos en su interpretación el alma.

GENERAL IBARRONDO

El peor criterio es el de los actores . . . con perdón sea dicho.

GABRIEL

No soy actor; sin embargo, la obra me produjo el efecto del símbolo que hace blanco en el punto de mira.

DOÑA JOSEFA

La actitud del público no deja lugar a dudas.

GENERAL IBARRONDO

¡El público! . . . Es capaz de aplaudir al mismo que le insulta, si lo hace en una gaya prosa o en alejandrinos sonoros.

GABRIEL

Sí, si por el público toma usted . . .

ESCENA XVII

Dichos y Victoria

VICTORIA

¿Riñen ustedes?

GENERAL IBARRONDO

No, hija mía.

VICTORIA

(Estrechándole las manos.)

Mi gran amigo . . .

GENERAL IBARRONDO

Vengo a festejar a la artista . . . sólo a ella.

DOÑA JOSEFA

Esto no reza con nosotras, Doloritas; son achaques literarios. ¿Fué usted a la última recepción?

DOÑA DOLORES

¿Sabéis lo que hay?

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

Con todo respeto, General. Convenido que la obra parecerá trunca; no es motivo para condenarla. Esto me recuerda el fallo aquél de la Venus de Milo: "Tanto bombo para esto: una estatua sin brazos y sin un pie... El día que le falten cabeza y cuerpo... ¡se volverán, sin duda, locos de admiración!"

GENERAL IBARRONDO

No, señor mío; en la obra de anoche hay brazos y pies; cuerpo y cabeza; pero los brazos parecen avezados a llevar teas; dijérase que los pies están teñidos de sangre; ha mordido ese cuerpo el áspid de la discordia y tiene la cabeza el gesto de Caín.

DOÑA DOLORES

Sus Majestades le dicen *cangrejo*.

VICTORIA

Pero, General...

GABRIEL

Será; y ¿quién define en dónde está Caín? Entre los romanos que no desesperaron de la República, o entre los...

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

¡Gabriel!

GENERAL IBARRONDO

Ante Dios y mi conciencia, protesto de semejante acusación. Soy un hombre que, ante la lucha, ante el horror de nuestras matanzas, con el alma entristecida me convení... creí ver la salvación de nuestro país, en el régimen actual. Un hombre que nos mande por su propio derecho; hemos sido sinceros. De no aceptar tal cosa, la lucha seguirá, ¡si la enfermedad está en nosotros mismos!; seguirá hasta encontrar un hombre que nos sujete... llámese Emperador, Presidente... lo que sea. ¡Traidor?... Iba usted a esbozar esta palabra. ¡Traidor a quién? ¡A mi patria? ¡Oh, si un día de tal cosa llegara a convencerme, con mis propias manos me arrancaría el corazón!

VICTORIA

Vamos... General...

(Gabriel y Máximo pasan a platicar con doña Josefina y doña Doloritas.)

GENERAL IBARRONDO

(Bajo, a Victoria.)

Sus Majestades, cediendo a los consejos de Eloísa, mandaron abrir una averiguación sobre la obra de anoche; ha-

M A R C E L I N O D A V A L O S

cen pesquisas para descubrir el nombre del autor . . . y tal vez a estas horas . . .

(Se anuncia el rigodón.)

MAXIMO

El rigodón nos llama, señoras y señores.

DOÑA DOLORES

Como gustéis.

DOÑA JOSEFA

General, ¿me da usted su brazo?

VICTORIA

Un momento; en el salón se les reunirá. (*Por doña Josefina.*) Gabriel, acompáñala.

GABRIEL

Con mil amores.

DOÑA DOLORES

No nos hagáis esperaros, general.

VICTORIA

(Bajo, al General.)

De modo que el peligro . . .

A S I P A S A N . . .

GENERAL IBARRONDO

Es inminente.

VICTORIA

(Alto.)

Máximo . . .

MAXIMO

Dí.

VICTORIA

(Bajo.)

¿El ejemplar del archivo de «El despertar del león»?

MAXIMO

(Bajo.)

Lo tiene el empleado.

VICTORIA

(Bajo.)

Recógelo y lo traes . . . ¡Volando! (Alto.) Pasen ustedes, ya comenzó el rigodón. Tenemos necesidad de hablar el General y yo . . . pasen.

DOÑA DOLORES

No tardéis.

ESCENA XVIII

Victoria y el general Ibarrondo

GENERAL IBARRONDO

Pero, hija, ¿cómo pudieron sorprenderte? Ciento; tu responsabilidad cesaría en diciendo el nombre del autor . . . ¿Y entretanto?

VICTORIA

¿Y si me negara a revelar el nombre?

GENERAL IBARRONDO

No faltaría medio de saberlo.

VICTORIA

Lo dudo; pero en todo caso, asumo la responsabilidad.

GENERAL IBARRONDO

Locuras, locuras . . . Yo sé tu inculpabilidad; por eso, y faltando a mi deber, he venido a salvarte. Sus Majestades creen que en escarnio a sus personas ofreces este baile: a estas horas está vigilada la casa . . . en la puerta del jardín está mi coche y en él puedes marchar.

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

Imposible.

GENERAL IBARRONDO

¡Cómo!

VICTORIA

Me someto a mi suerte.

GENERAL IBARRONDO

¿He de confesártelo? Al salir de mi casa, lo supe: antes de una hora vendrán.

VICTORIA

(Levantando los hombros.)

No saldré.

GENERAL IBARRONDO

Aquí hay un salvoconducto; mañana yo respondo del resto; pero ahora es preciso huir . . .

VICTORIA

¿Puede servirme ese documento para salir en compañía de . . . ?

M A R C E L I N O D A V A L O S

GENERAL IBARRONDO

De nadie.

VICTORIA

Entonces, vamos al salón, bailemos... y sea lo que
Dios disponga.

GENERAL IBARRONDO

Atiende, hija...

VICTORIA

Hay un hombre a quien amo; es mi prometido; no
puedo, no debo dejarle...

GENERAL IBARRONDO

Es imposible...

VICTORIA

Paciencia. Cuando una tropieza con seres generosos que
al brindarnos la libertad nos clavan un puñal en el corazón,
debemos hacerles comprender cómo se juega el todo por el
todo.

GENERAL IBARRONDO

Pero...

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

¿Hay cosa más natural que huir en compañía del ser amado?

GENERAL IBARRONDO

Se busca al autor de la obra; sabrán que huyó en tu compañía y se pensarán . . .

VICTORIA

Por unos momentos, pero en cuanto el autor apareciese . . .

ESCENA XIX

Dichos y Máximo

VICTORIA

(Al ver a Máximo.)

Perdón, General. *(Bajo.)* ¿Y . . .?

MAXIMO

(Bajo.)

El archivero fué arrestado hace una hora; original y copias están en poder de la autoridad.

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

(Alto.)

¿Y el rigodón, animado? mejor . . . somos con ustedes,
pero debo decir al General . . . (En voz baja.) A Gabriel,
que venga inmediatamente.

(Vase Máximo.)

ESCENA XX

Victoria y el general Ibarrondo

GENERAL IBARRONDO

(Suplicante.)

Victoria . . . hija mía . . .

VICTORIA

Es mi última palabra; si el afecto de usted no alcanza
a tanto, hemos concluído. El brazo, y a bailar.

(Con coquetería, ofreciéndole su
brazo.)

GENERAL IBARRONDO

¿Es Máximo el novio?

VICTORIA

Será el que parta conmigo, General.

A S I P A S A N . . .

GENERAL IBARRONDO

(Por el salvoconducto.)

Dice aquí: "A la portadora."

VICTORIA

Agregando lo necesario . . .

GENERAL IBARRONDO

Pero, hija . . .

VICTORIA

¡Mi bondadoso amigo! . . . vamos . . .

(Con zalamería.)

GENERAL IBARRONDO

¡Sea!

(Escribiendo.)

VICTORIA

¡Por fin!

GENERAL IBARRONDO

Ya está. *(Entregándoselo.)* No perder el tiempo.

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

Entre usted al salón a fin de evitar la alarma; baile usted . . . eso los despistará, y si es tan amable de llamarle a Ana . . . ¡Ah! no me marchó sin antes despedirme . . .

GENERAL IBARRONDO

Por supuesto. Ya encontraré la forma de venir.

VICTORIA

Baile usted con Nepomucena o Doloritas, no sea que discurran venir.

GENERAL IBARRONDO

Se hará, se hará.

(Se encuentran en la puerta Gabriel y el General.)

ESCENA XXI

Victoria, Gabriel y a poco Ana

GABRIEL

General . . .

(Cediéndole el paso.)

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

Gabriel, no perdamos tiempo; dentro de un momento nos aprehenden si no escapamos. Tengo salvoconducto, mira . . .

GABRIEL

Cuando escribí mi obra supuse las emergencias posibles . . .

VICTORIA

Nada de sacrificios estériles; es preciso estar libres, si quiera sea para continuar la cruzada.

GABRIEL

Veremos cómo se piensa y cómo se escribe en la soledad del calabozo . . . de una celda . . .

ANA

(Entrando.)

Hija . . .

VICTORIA

La ropa indispensable, dinero y mis joyas . . . Partimos luego.

ANA

Ya lo decía . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

¡Christ! Calla, o lo echas todo a rodar. (*Vase Ana.*)
¡Gabriel! ...

GABRIEL

Me quedo.

VICTORIA

Buscan al autor de la obra ... y la obra ...

GABRIEL

Está en poder de la autoridad, lo sé.

VICTORIA

Me quedaré también; sabrás que la orden de arresto
es para todos.

GABRIEL

Utiliza el salvoconducto.

VICTORIA

¿Y a dónde iré sola?

GABRIEL

Yo ...

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

¿No te halaga la idea de burlarnos de nuestros enemigos?

GABRIEL

¿Y a dónde iremos?

VICTORIA

¿Lo sé yo? A Mazatlán . . . Chihuahua . . . En Chihuahua tengo contrato propuesto y aceptado . . .

GABRIEL

Al Norte . . . a Chihuahua; eso huele a bárbaros.

VICTORIA

Los bárbaros hicieron el Renacimiento; del Norte sopla la libertad . . . al Norte apunta la brújula . . .

ANA

(Con maletas.)

Aquí están.

VICTORIA

(Registrando y acomodando violentamente sus objetos.)

Lista con la puerta, Ana, ¿Ves al General?

M A R C E L I N O D A V A L O S

ANA

(*Toda llorosa.*)

Está bailando.

VICTORIA

El complemento de mi apuesta. ¡Y el dinero?

(*A Ana.*)

ANA

En la maleta de mano. ¡Divino Jesús!

VICTORIA

A ver si te callas.

GABRIEL

Pues señor . . . ¡seré actor!

VICTORIA

¡Actor! . . . ¡tú, de noble abolengo! ¡heredero de un
enviable capital!

GABRIEL

Como lo oyes.

VICTORIA

¡Ah! no lo olvides: a los ojos del General, pasarás por
mi prometido.

A S I P A S A N . . .

GABRIEL

Cuadro completo. Decididamente, seré actor: cuestión de una letra . . . ¡quiso ser autor!

VICTORIA

Es que, en más de alguna vez, sabrás de viajes como éste . . . precipitados.

GABRIEL

¿Y qué?

VICTORIA

Hoy obligado por las autoridades; mañana por el hambre . . .

GABRIEL

¿Y qué?

VICTORIA

Sabrás de mensualidades que si no te son pagadas en este mes, en cambio en el siguiente . . . tampoco.

GABRIEL

¿Y qué?

VICTORIA

De embargos de equipajes por deudas . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

GABRIEL

No importa.

VICTORIA

En cambio serás el único que atraviese, sin temor a los ladrones, los caminos. Hace unos meses nos asaltaron la diligencia. “¡Azorríllense!” — aquí unas palabrotas muy feas. Bajo toda temblando y les digo: “Somos cómicos”; muestro programas, contratos... y dice el capitán a sus secuaces: “No pierdan tiempo; ni nuestros gritos... ¡son cómicos! Mira tú: del dinero que desvalijamos a los curas, dales pa que sigan su camino.” ¿Qué tal?

ANA

Algo ocurre en el salón, hija.

VICTORIA

Sonó la hora. Vamos... Ana, Gabriel, a esperarme en la puerta del jardín.

GABRIEL

Pero...

VICTORIA

¡Pronto!... por Dios... (*Obligándoles casi a salir.*)
¡Finalmente!

ESCENA XXII

Victoria, el general Ibarrondo, policías, y a su tiempo, doña Dolores e invitados, que se agolpan a las puertas del salón

GENERAL IBARRONDO

(A la policía.)

Ustedes aquí; a nadie me dejan entrar ni salir.

VICTORIA

Adiós, amigo mío; somos de distinto partido, pero amo en usted la nobleza de corazón; y como nobleza obliga, le seré franca. Usted fué, sin quererlo, el autor de esta farsa; luego, usted debía salvarme.

GENERAL IBARRONDO

¡Yo! El autor . . .

VICTORIA

¿Se acuerda usted de la noche de «*I Puritani*»? . . .
¿De la Peralta?

GENERAL IBARRONDO

Hija . . . ¿tomaste en serio la apuesta?

M A R C E L I N O D A V A L O S

DOÑA DOLORES

(Desde el fondo.)

Déjenos usted pasar . . . déjenos . . .

POLICIA

No se pasa.

DOÑA DOLORES

Para decírselo al General . . . Nos han engañado. ¿Ibamos a creer que esta farsa era en contra de Sus Majestades?

GENERAL IBARRONDO

Pero, Victoria . . .

VICTORIA

¿Se llevó al teatro la farsa?

GENERAL IBARRONDO

Hija . . .

VICTORIA

¿Se bailó el rigodón? ¿lo bailó usted?

DOÑA DOLORES

¡Nosotras, del gran séquito! Que nos oiga esa mala cómica . . .

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

Luego el triunfo es nuestro . . . y adiós.

GENERAL IBARRONDO

No; el león no despierta aún . . .

(Gran alarma y confusión en el salón de baile.)

VICTORIA

¡Oigalo usted! . . . ha despertado . . . ¡y ruge!

(Los invitados se arremolinan sin poder entrar al salón; al desaparecer Victoria, cae el telón.)



ACTO SEGUNDO

1871

Víctoria de Alba
Ana, su nodriza
Consuelo
Una niña
Gabriel
Máximo
Señor Ormaechea
Traspunte
Un niño

ACTO SEGUNDO

Gabinete de Victoria en el teatro; una sola puerta en el fondo con una cortina, y cuando ésta se corre, se ve un pequeño departamento de espera. Todos los muebles y útiles de uso en tales camerinos. Han pasado, del acto anterior al presente, seis años.

ESCENA I

Ana, sacando de una gran cesta los vestidos de Victoria en el acto siguiente. El drama que está representándose es «El Torneo», de don Fernando Calderón

ANA

Se acabó. Ahora, mientras Victoria termina, a descansar. (Aplausos.) ¡Cómo la aplauden! ¡Ay, si vivieran sus padres!

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

(Dentro y dando tres palmas.)

Gente menguada y sin ley,
¡abrid en nombre del Rey!

ANA

¡Qué Rey, ni qué calabazas!

(Sin levantarse.)

MAXIMO

(Levantando la cortina.)

Ana, te preparo una sorpresa. *(A Ormaechea.)* Adelante.

ESCENA II

*Ana, Máximo con el traje de Alberto en
«El Torneo», y Ormaechea*

ANA

¡Señor Ormaechea, qué milagro! ¡Cuánto hemos recordado a usted en Europa! . . . ¿Lo sabe Victoria? *(Ormaechea afirma.)* Digo Victorica . . . Por cierto que temía le guardara usted rencorcillo por la broma del rigodón.

A S I P A S A N . . .

ORMAECHEA

Todos contribuimos a ella; y viéndolo bien . . .

MAXIMO

No dieron más resultado los días de arresto que hacer-nos interesantes. La casa de Victoria y la de la calle de Mesones, en donde vivía el general Villamil, fueron seña-ladas como focos de conspiración.

ORMAECHEA

Tres días de cama, síncopes y otras pamemas costó la broma a las pobres de Nepomucena y Doloritas.

ANA

¿Viven todavía?

ORMAECHEA

Viven, y sin resignarse a volver a su obscura burguesía, allá en sus haciendas, se dedican a instruir a los indios en el ceremonial de la extinguida corte. Diz que las cocineras, antes de presentar las tortillas, deben hacer tres grandes genuflexiones . . .

ANA

Ormaechea, no sea usted malo.

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

Señora cangreja . . .

(*Haciéndole una reverencia a Ana.*)

ANA

¡Deslenguado!

MAXIMO

(*El mismo juego.*)

Ilustre pelucona.

ORMAECHEA

Pasó todo eso, a Dios gracias. ¡Otra vez la República!

ANA

(*Aplausos.*)

¡Oiga usted cuánto aplauso!

ORMAECHEA

¡Y ser portador de malas nuevas!

ANA

¡Eh!

MAXIMO

¡Sí?

A S I P A S A N . . .

ORMAECHEA

Me puso una tarjeta suplicándome viera al señor Presidente para obtener la revocación de la orden de destierro del general Ibarrondo.

MAXIMO

¿Y . . . ?

ORMAECHEA

No fué posible.

ANA

¡Lástima . . . tan bueno!

ORMAECHEA

Y cuenta que el señor Presidente le estima . . . hasta donde puede estimarse a un enemigo. "El más leal de mis enemigos" . . . , así le llama.

ANA

Tal vez insistiendo . . .

MAXIMO

Si de buena fe creyó en el Imperio . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

ANA

Haciendo entender eso al Presidente . . .

ORMAECHEA

¡Y quién le hace desistir de una determinación, cuando él cree ceñirse a su deber? ¡Es un hombre de Plutarco!

ANA

¡Pues mover la influencia de ese señor!

MAXIMO

¡Cuál?

ANA

Ese . . . don Plutarco . . .

MAXIMO

Pero Ana . . . ja . . . ja . . . ja . . .

ORMAECHEA

¡Anita! . . . ¡Y Gabriel?

ANA

Ya sabrá usted . . .

A S I P A S A N . . .

ORMAECHEA

El día en que recibimos a Victoriosa, me lo dijo. Lo-graron entenderse . . . era muy natural. ¡Pobre Máximo!

(Estrechándole la mano.)

MAXIMO

El arte lo ha ganado. Gabriel es todo un autor . . . Victoria le prefería . . . si no me ama . . . ¡cómo ha de ser! ¡Tantas comedias he representado con ese asunto . . . que vivir ésta, casi, casi me ha sido llevadera! ¡Ea! no hablemos de eso.

(Llaman violentamente en la puerta del departamento de espera.)

ANA

Van.

CONSUELO

(Dentro.)

Perdón, señorita . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

ESCENA III

Dichos y Consuelo, que deja el paso a Ana y se detiene cerca de la cortina

ANA

Adelante.

CONSUELO

¿La señorita de Alba?

ANA

¿No la conoce usted?

CONSUELO

No, señora.

MAXIMO

Se halla en escena, pero está para terminar el acto.

CONSUELO

¡Lástima!

A S I P A S A N . . .

MAXIMO

Si desea usted verla inmediatamente se desocupe, pase al otro lado del foro; por allí saldrá dentro de un momento.

CONSUELO

Gracias . . . con permiso.

(*Vase.*)

ESCENA IV*

Dichos, menos Consuelo

ORMAECHEA

¿Quién es?

ANA

No lo sé.

MAXIMO

Ni yo.

ANA

Es decir, no lo sé, pero lo imagino: una de las tantas que sacan el dinero a mí Victorica con cualquier pretexto. ¡No he visto criatura más disipada! Para esta institución; para tales huérfanos . . . para aquel actor viejo . . . ¡las ac-

M A R C E L I N O D A V A L O S

trices y los actores viejos, sobre todo! Le dan lástima . . .
Los dineros salen como entran . . .

MAXIMO

¡Es triste la vejez del actor!

ANA

Razón por la cual debía economizar.

ORMAECHEA

(*Aplausos.*)

¡Eso es aplaudir! Cerca de seis años hace de «El despertar del león». Desde entonces no la oíamos; justo es el regocijo de hoy, por ella y por sus laureles conquistados en el viejo mundo. Supo Juárez los detalles del estreno de la obra de Gabriel, y se prometió asistir a la reaparición de nuestra actriz; ya lo viste: fué el primero en aplaudir al verla aparecer en el palco escénico.

ANA

Yo lo vi . . . ¿Por qué no vestirán los presidentes más bonito? Aquellos casacones bordados hasta los forros; el sombrero al tres . . .

MAXIMO

Poco disparatar o en cuanto venga Victoriosa . . .

A S I P A S A N . . .

ANA

Victorica.

MAXIMO

Victoriosa . . . te acuso y verás.

(Aparece Gabriel.)

ESCENA V

Dichos y Gabriel

GABRIEL

(Avanzando violentamente.)

Máximo . . . Ormaechea . . .

ORMAECHEA

¿Logró usted?

MAXIMO

¿Y bien?

GABRIEL

No hay esperanza, Ormaechea: ¡amarla con toda el alma! ¡y es mi madre . . . mi madre quien me la roba, porque Victoria no transigirá . . . la conozco! . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

ORMAECHEA

¿Se opone al matrimonio?

ANA

¡Ay, mi niña!

MAXIMO

¿Ni una esperanza?

GABRIEL

Una.

MAXIMO

Pues alcanzarla . . . se trata de la felicidad de Victoria.

GABRIEL

Ella resolverá. Máximo, mi amigo . . . Desde hace tiempo está mi madre enferma . . . “¿A qué vienes? —me dijo—; hubieras tardado unos días más, hubiera muerto tranquila . . . pero hoy . . . hoy . . .”

ANA

¡Pobre hija mía!

ORMAECHEA

¡Pobre Victoria!

A S I P A S A N . . .

MAXIMO

Gabriel, la escena de Victoria ha concluído . . . hasta terminar la obra, disimula por . . .

ANA

¡Silencio!

ORMAECHEA

Ella.

(Gabriel se cubre tras un biombo.)

ESCENA VI

Dichos y Victoria
(Isabel en «El Torneo»)

VICTORIA

¿Y Gabriel? ¡Ah . . . Ormaechea . . . mi buen amigo!

ORMAECHEA

Bienvenida, Isabel. «El Torneo» no ha tenido mejor intérprete.

VICTORIA

¿Consiguieron algo? ¿Vió usted al señor Presidente? ¿Dónde está Gabriel? ¡Ah! te ocultabas . . . ven . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

ven... (Le trae.) Perdón, Ormaechea, me distraje; ¿no
sabe el señor Presidente? ¿Hay esperanza de la revocación?
Hum!... algo ocurre... ¡esas caras... algo me ocultan!
¡qué es? Tú, Gabriel, dímelo... (Creyendo adivinar.)
Ah!... ¡es tarde! (A Ormaechea.)

ORMAECHEA

No.

VICTORIA

Llevaron al General a su destierro...

ORMAECHEA

No es eso.

VICTORIA

¿Pues entonces?

ANA

⁴
Serénate; falta un acto todavía, y si te agitas...

VICTORIA

Está bien... está bien. El General...

ORMAECHEA

En México, y aunque al parecer se muestra inflexible
el Presidente, tenemos esperanza.

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

Y a pesar de todo, en todas las caras leo algo extraño . . . en la tuya, Máximo . . .

MAXIMO

¡Qué locura!

ORMAECHEA

(Bajo a Gabriel.)

Hasta terminar la obra . . .

GABRIEL

Por supuesto . . .

VICTORIA

Gabriel, tú me ocultas algo . . . sí . . . tú . . .

GABRIEL

¡Yo? . . .

VICTORIA

(Después de mirarle fijamente y con un grito de angustia.)

¡No! no tiene derecho para eso . . . ¡Me rechaza! . . .
¿verdad?

M A R C E L I N O D A V A L O S

GABRIEL

¡Mi gloria!... mi santa...

VICTORIA

Ormaechea, Máximo, Ana... quiero estar a solas con
Gabriel... un momento, perdón...

MAXIMO

Faltan dos escenas para terminar el acto...

VICTORIA

¡Basta!... ¡basta!

ORMAECHEA

Amiga mía... valor.

VICTORIA

Lo tendré.

(*Vanse.*)

ESCENA VII

Victoria y Gabriel

VICTORIA

Estás conmigo, lo veo en tus ojos . . . en la hora tremenda estás conmigo . . . lo veo. Grandes son los fueros de una madre . . .

GABRIEL

Grandes, sí.

VICTORIA

¡Desde luego!, pero a eso no alcanza su derecho. ¿No contestas? Dime a lo menos su razón, sus razones . . . muy poderosas deben ser . . . ¡Ningunas! ¿Cuáles serían bastantes para matarme a sangre fría? Gabriel, mi Gabriel . . . ¡No tiene derecho, no lo tiene para asesinarme . . . no . . . no! . . .

GABRIEL

Me recordó la muerte de mi padre a causa de mi abandono . . .

VICTORIA

Gabriel . . .

GABRIEL

Está ella tan enferma . . . ¡La hubieras visto! Como si de golpe se hubiera precipitado por sus venas la sangre de mis abuelos con el orgullo de su abolengo, con sus obcecaciones . . . Yo la he visto cerrar los ojos para no verme caminar de rodillas implorando su anuencia . . . La he visto apretar sus oídos para no oírme hablar de ti . . . de nuestra felicidad . . . La he visto cerrar sus manos para no sentir las bañadas en mi llanto.

VICTORIA

No . . . ¡No mientas! . . .

GABRIEL

¡Victoria! ¡Yo mentir!

VICTORIA

¡Si yo he sentido la maternidad sin conocerla! ¡la he leído en la madre; abajo, muy abajo de las capas sociales, y arriba también! Centenares de ejemplares desfloraron mis ojos para arrancarles el secreto de mis creaciones . . . ¡no he visto nunca esa madre! . . . ¡No existe . . . no . . . no!

GABRIEL

Porque como ella, como yo, no creciste en el interior de mi casa; porque no has visto por toda la vida adosados

a los muros los retratos de los abuelos: duro el ceño y la mano sobre el escudo de familia. Soy el primero en rebelarse a la tiranía de los vivos; a la tiranía de los muertos que aún parecen mandar desde los muros. Cuántas veces dije a mi madre: ¡Arrojemos todo eso que nos apolilla! No tenemos, no hay en México nobleza si no es la de nuestros propios actos, si nobles son. Las clases privilegiadas, los títulos y pergaminos nacieron entre nosotros de una compra-venta vulgar. El oro de nuestras minas nos hizo condes o príncipes; el oro de nuestras minas pagó los grifos, leones, sinoples, azures y gules de nuestros escudos; el oro de nuestras minas creó ese nuestro abolengo de mercachifles. ¡Y qué! . . . pude yo haber nacido sin los errores de mis abuelos . . . pero nací con un corazón de hijo . . . ¡compréndelo, Victoria! . . . mi santa . . . mi dulce amiga . . .

VICTORIA

(Tranquilamente.)

Está bien . . . está bien. Si deslustra mi clase y mi origen el blasón de tu casa . . .

GABRIEL

¡Te amo!

VICTORIA

¿No me engañas? ¿Sí? . . . Sería cruel engañarme . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

GABRIEL

¡Te amo!

VICTORIA

Está bien . . . Si me amas, y en mi amor está tu felicidad, mi felicidad no vale el sacrificio de tu nombre . . . pero tu felicidad bien vale el sacrificio del mío. No pudiendo ser tu esposa . . . seré . . . ¡lo que tú quieras! . . . ¡tu esclava! . . . tu . . .

GABRIEL

Hay una esperanza.

VICTORIA

¡Sí?

GABRIEL

Y ella, mi pobre madre, nos la ofrece.

VICTORIA

¡Lo decía yo! ¡santa señora! ¡habla!

GABRIEL

Sólo yo sé cuánto la habrá costado romper con sus tradiciones; y si nos abre la puerta para ser felices . . . (Aplausos.) ¡Eh?

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

Es el acto que termina. Sigue.

GABRIEL

Felices, si tú, como yo, te sometes a su única exigencia.

VICTORIA

Desde luego.

GABRIEL

De no ser así, tú hallarás en otra parte la dicha . . .
yo . . . ¡en ninguna!

VICTORIA

Sí . . . sí.

GABRIEL

Consiente en nuestra unión, si le prometes . . .

VICTORIA

¡Lo que pida!

GABRIEL

Renunciar a la gloria . . .

VICTORIA

¡Eh?

GABRIEL

Abandonar el teatro . . . para siempre.

VICTORIA

¡Jesús! . . . ¡Oh! . . . Dijiste bien: viven tus antepasados, viven tus abuelos en ella. Pertenece a su clase, y no comprende ni entiende a la nuestra, sino cuando nos tiene bajo el pie. ¡Oh!

GABRIEL

Su ofrecimiento es el hogar . . . la riqueza . . .

VICTORIA

¡Y la felicidad? De más a más, un sacrificio estéril: para una cómica, el teatro es el escenario . . . Para un artista, ¡el universo!

GABRIEL

Debo llevar tu respuesta . . . y tu respuesta es mi sentencia.

VICTORIA

No, Gabriel . . . mi Gabriel . . . ¡no tiene derecho de exigirme tanto! Sería absurdo, tan absurdo como si yo,

para amarte, le pidiera renegar de su clase. Sí, sin duda; mi labor respecto de ti, puede bien enfrentarse a la suya. Ella, ¿qué hizo por ti? darte la vida . . . ¡la dolorosa vida! Yo, te amo y te lancé a la gloria, te he cubierto de aplausos. He vivido cerca de tu alma, sin celos, exhortándote a amarla . . . ¿qué he pedido para mí? . . . sólo tu amor. Tus libros inspiran mis creaciones. Tú vivirás en ellos, ¡pero yo! . . . De las actrices que fueron . . . ¡quién se acuerda! ¡apenas si hay quien sepa el lugar de su fosa! ¡Para qué te desea ella? para tenerte cerca de sí . . . alegría de su vejez . . . ¡Yo no! te ofrendo a la gloria y en una suprema exaltación del desprendimiento de mí misma, te grito: ¡vive! . . . ¡vive!

GABRIEL

¡Oh, mi Victoria! . . . ¡Victoriosa!

VICTORIA

Luego . . .

(Llaman en la puerta del departamento de espera.)

ESCENA VIII

Dichos, Consuelo y Ana

ANA

Te buscan urgentemente, hija.

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

¿Quién?

ANA

Esta señora.

(*Vase.*)

CONSUELO

Perdón, señorita. Hasta hoy tengo el honor de mirarla y sólo un asunto grave, gravísimo . . .

VICTORIA

Pase usted.

GABRIEL

(*Despidiéndose.*)

Señora . . .

VICTORIA

(*Deteniéndole.*)

Quédate. Tal vez puedas ayudarnos.

GABRIEL

En ese caso . . .

CONSUELO

(*Arrodillándose.*)

Es usted muy buena, señorita.

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

¿Qué hace usted?

CONSUELO

Así debo estar, y no me levantaré hasta haber obtenido el ofrecimiento de su ayuda.

VICTORIA

Señora . . .

CONSUELO

Soy la esposa del general Ibarrondo.

VICTORIA

¡Oh! déme usted los brazos. Supe hace seis años su matrimonio . . . la señora . . . Consuelo . . .

CONSUELO

Aguilar y Marocho . . .

VICTORIA

Sí . . . ya.

CONSUELO

¿Lo sabe usted? mañana . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

Ya he trabajado, amiga mía; pero el señor Presidente...

CONSUELO

¡Pobre Severo! Está inconocible. Estaba con él cuando le notificaron la pena de muerte... Ni una arruga, ni un gesto... La oyó sereno. Cuando conseguimos se le conmutara, y supo que era en la de destierro, aquella su energía se desmoronó... Desea morir aquí, en su patria; donde reposan sus abuelos... donde nacieron sus hijos.

VICTORIA

¡Gabriel!... ¿oyes eso? .

GABRIEL

Ordena: ¿qué debo hacer?

VICTORIA

(*Llamando.*)

Ana.

ANA

(*Desde la puerta.*)

Hija...

VICTORIA

Por ahí debe andar Ormaechea, háblale.

A S I P A S A N . . .

ANA

Voy.

(*Vase.*)

VICTORIA

Es preciso; si se pudiera esta noche o mañana muy temprano . . .

ESCENA IX

Dichos y Ormaechea

VICTORIA

(*Presentando a Consuelo.*)

La señora de Ibarrondo.

ORMAECHEA

A los pies de usted.

VICTORIA

Es preciso obtener el perdón a todo trance . . .

GABRIEL

(*A Consuelo.*)

Usted, señora, ¿ha pensado en algún medio? . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

CONSUELO

Yo sólo sé que en el destierro se me va a morir; nada veo, nada pienso.

VICTORIA

¡Buena idea! (*Llamando.*) Ana.

ANA

(*Desde la puerta.*)

Hija.

VICTORIA

Un abrigo . . . el más grande . . . pronto.

GABRIEL

¿Qué intentas?

VICTORIA

Voy al intercolumnio; veré al señor Presidente. Aprovecho el entreacto.

CONSUELO

¡Ah, señorita!

ORMAECHEA

Amiga mía.

A S I P A S A N . . .

ANA

(Con el abrigo.)

Aquí está.

VICTORIA

(A Ana.)

Ayúdame . . . eso. Gabriel, aguarda un momento; he de preguntarte y decirte cuando regrese tántas cosas . . . Debieras ser antes que nadie ¡eh?; ¡pero iba yo a pensar en la escena de este drama? Te lo dije: para una artista, el teatro está en todas partes. (A Consuelo.) Un momento, señora. ¡Dios me inspire! Amigos míos, Gabriel . . . hasta luego.

(Vase.)

ESCENA X

Dichos, menos Victoria

ORMAECHEA

Adorable mujer.

CONSUELO

La serviría de rodillas toda mi vida.

ANA

Lo lleva en la sangre . . . ¡fui su nodriza!

M A R C E L I N O D A V A L O S

ORMAECHEA

Gabriel . . . sólo una vez llama la felicidad a nuestra puerta.

MAXIMO

El artista que flaquea no verá la cumbre.

GABRIEL

Mi pobre madre . . .

ANA

Siéntese usted, señora.

CONSUELO

(Que ha estado muy agitada, y paseando nerviosamente.)

Perdón, no podría; me consume la impaciencia; prefiero pasear . . . si no molesto.

ORMAECHEA

En manera alguna, señora.

MAXIMO

(Por Ormaechea.)

Fué comisionado por Victoria, para trabajar en favor del General.

A S I P A S A N . . .

CONSUELO

Mil gracias; no lo sabía.

ORMAECHEA

Ni yo quise decirlo, dado el ningún resultado de mi labor.

CONSUELO

Continúen su conversación . . .

MAXIMO

Con permiso.

GABRIEL

Ninguno de ustedes pondrá en duda mi amor a Victoria . . . ¿es así?

ORMAECHEA

Oh . . . no.

MAXIMO

¡Qué disparate!

GABRIEL

¡La debo tanto! Mi musa . . . mi todo.

M A R C E L I N O D A V A L O S

ORMAECHEA

¡Y esa pregunta! . . . Ignoro detalles, pero me atrevé-
ría a decirle cuál es la condición impuesta por su madre pa-
ra consentir en el matrimonio . . .

GABRIEL

¡Oh, si supieras, Máximo!

MAXIMO

Tú no la querrías a tu lado consumiéndose de triste-
za . . .

GABRIEL

No.

MAXIMO

Y retirada del escenario — pues esa es la condición,
¿verdad?

GABRIEL

Sí.

MAXIMO

Ya nunca sería feliz. El teatro, probablemente, no se
hizo para ella, pero ella sí fué hecha para el teatro.

A S I P A S A N . . .

ORMAECHEA

Las madres transigen.

GABRIEL

No la mía.

CONSUELO

¿Tiene comunicación con el foro el intercolumnio?

ANA

Sí, señora.

CONSUELO

¿Hay algún lugar desde donde pudiera verles?

ANA

No; para eso habría necesidad de atravesar tras de los palcos de luto.

CONSUELO

Está bien; me inquieta su tardanza.

ANA

Al contrario; es buena señal.

M A R C E L I N O D A V A L O S

CONSUELO

¿Lo cree usted?

GABRIEL

Por mi tranquilidad: ¡si ustedes supieran el bien que
puede hacerme una respuesta franca! Ni la más ligera som-
bra de duda . . .

ORMAECHEA

¿Por qué? . . .

GABRIEL

Si mi desgracia . . . si nuestra desgracia se consuma, di-
rán ustedes a Victoria cuánto sufro . . .

ORMAECHEA

¿Qué será de ella?

GABRIEL

¿Y mi madre?

MAXIMO

¿Y Victoria? ¿Y su felicidad? Dicen que los actores
en ningún momento de la vida dejamos de ser teatrales . . .
¡sea! ¿Lo has olvidado acaso? Antes que tú, amé a Victo-

A S I P A S A N . . .

ria con una intensidad no igualada por ti, ni entonces, cuando la amabas . . .

GABRIEL

¡Máximo!

MAXIMO

... ni hoy que no la amas. ¡Las cosas por su nombre! Fuí rechazado, y admirándote como te admiro, queriéndote como te quiero, ¡jamás pensé en cedértela! ... ¡pero si no me amaba! ... Hube de resignarme . . .

GABRIEL

¡Máximo!

MAXIMO

Gabriel . . . ¡pude haber perdonado que destruyeras mi felicidad . . . pero la de ella, no! ¡Y si a lo menos al huir me dejaras el secreto de hacerla feliz . . . aun cuando yo supiera que jamás había de amarme! . . . ¡Dame el secreto de hacerla feliz!

GABRIEL

¡Oh, Máximo . . . Máximo . . . perdón! . . .

ORMAECHEA

¡Gabriel! . . . ¡Los brazos, Máximo!

M A R C E L I N O D A V A L O S

GABRIEL

¡Hasta pronto!

*(Desprendiéndose de los brazos
de Máximo.)*

ESCENA XI

Dichos, menos Gabriel

MAXIMO

¡Qué demonio! ¡será ella feliz . . . y basta!

ANA

¿Advirtió usted?

CONSUELO

¿Diga . . . ?

ANA

¿Oyó su conversación?

CONSUELO

Nada, señora,

A S I P A S A N . . .

ANA

Era un drama de los de verdad. ¡Mi Victorica no es feliz!

CONSUELO

¡Dios hará que lo sea!

ORMAECHEA

¡Su voz! sí; es ella.

CONSUELO

(Levantando sus ojos al cielo.)

¡Señor... Señor!...

VICTORIA

(Dentro.)

¡Gabriel!

ESCENA XII

Dichos y Victoria

VICTORIA

¡Gabriel!

M A R C E L I N O D A V A L O S

ORMAECHEA

Dentro de un momento vendrá.

VICTORIA

¡Cómo! . . . se fué . . . ¡Ah, señora, tenga usted!

CONSUELO

¿Perdonado?

VICTORIA

No es el documento, es sólo una tarjeta . . . una recomendación amplísima; vendrán luego los trámites; créame usted, no le desterrarán. Ana, ¿dijo a dónde iba?

MAXIMO

Te espera una gran alegría.

VICTORIA

(Palmoteando.)

¿De veras?

CONSUELO

(Después de haber leído la tarjeta.)

¡Toda mi vida! cuanto yo valgo . . .

VICTORIA

Deje usted, señora. ¿A dónde fué, Ormaechea? Puede usted irse, señora; nada me debe; cubro con el General una vieja deuda . . . eso es todo. Yo no sé cuánto hablé o dije . . . temí por su intransigencia . . . y al manifestárselo, contestó el señor Juárez: "Al día siguiente de la caída del Imperio, por nada ni por nadie habría perdonado; pero ahora, no me toca avivar heridas que por fortuna empiezan a cicatrizar." De no haberlo él impedido, le hubiera besado los pies. ¡Gabriel! ¡No podérselo decir! Hablarle de mi triunfo . . . ¿Llora usted?

CONSUELO

De alegría . . . adiós.

VICTORIA

Adiós.

(Vase Consuelo, a la que cede el paso el Traspunte, que se detiene en la puerta con una carta.)

ESCENA XIII

Dichos y el Traspunte

TRASPUNTE

Señorita.

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

Venga.

TRASPUNTE

Es una carta.

VICTORIA

Adelante.

(La entrega y se va.)

ORMAECHEA

Dejo a usted en libertad para vestirse; vendré al fin de la obra.

VICTORIA

Si ve usted a Gabriel . . .

ORMAECHEA

Entendido.

ESCENA XIV

Victoria, Ana y Máximo

VICTORIA

(Viendo el sobre, y con alegría.)

¡Es de Gabriel! *(Con temor.)* Pero . . . escribirme . . .
¿sabes algo?

MAXIMO

Nada.

VICTORIA

¡Es curioso! me tiemblan las manos. *(Rompe el sobre y, al leer, se adivina en su semblante toda la amargura de una vida; después, sin una lágrima y estallando en ira:)*
¡No será! ¡venceré a mi destino! . . . ¡oh!

ANA

Hija . . .

MAXIMO

Victoria . . . ¿qué tienes?

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

(Por la carta.)

Mírala, Máximo . . . ¡mírala! Orgullosa, inflexible . . .
No es él quien escribe; es ella que habla. ¡Venciste, señora!
¡venciste!

MAXIMO

Oyeme . . .

VICTORIA

Lee, Máximo . . . Aquí . . . aquí . . . ¡temes herirmé?
¡Si soy fuerte! Escucha, leeré yo: "No puedo ser matricida;
voy con mi madre, ella me llama. Adiós."

ANA

¡Y ser tan vieja! . . . ¡No poder vivir algunos años más
para consolarte!

VICTORIA

Aire . . . aire . . . Déjame, Ana; Máximo, quiero estar
sola . . . llorar fuerte . . . arrojar en gritos esta pena . . .

ANA

Hija . . .

VICTORIA

No estoy para nadie . . . para nadie.

(Vase Ana.)

ESCENA XV

Victoria y Máximo

VICTORIA

(*Suplicante.*)

Máximo . . . vete.

MAXIMO

Una palabra tan sólo. Oyeme: he sentido mi cadena, y te recuerdo la tuya. (*Empieza la música del entreacto.*) Victoria . . . no, Victoria, no; Isabel: ha un momento y entre aplausos decías: "Y esta es la vida; ¿y al mirar el féretro, cobarde tiembla el mísero mortal? . . ." ¡Isabel! la orquesta concluirá en breve . . . ¡la escena nos reclama!

CONSUELO

(*Dentro.*)

Por favor . . .

ANA

Perdón . . . pero . . .

CONSUELO

Una sola palabra . . . por favor . . .

ESCENA XVI

Dichos y Consuelo con dos niños

CONSUELO

Desean besar su mano; son mis hijos. (*A los niños.*)
La debemos nuestra felicidad.

VICTORIA

Ya . . . ya está . . . basta . . .

(*Vanse. Máximo se encamina lentamente a la puerta, y levantando la cortina, exclama tristemente:)*

MAXIMO

Están frente a frente la mujer y la artista . . . ¿Quién vencerá a quién?

(*Vase.*)

ESCENA XVII

(*Desde que Máximo ha recorrido a Victoria su deber de actriz, ésta, la vista clavada en el vacío, parece contemplar la tem-*

A S I P A S A N . . .

pestad de su alma, sin que un solo músculo denuncie quién de las dos, si la mujer o la artista, vencerá.)

VICTORIA

Alma mía . . . ¡A dónde vas? . . . ¡Quieta! . . . ¡Quieta! (Llamando.) ¡Ana!

ANA

(Desde la puerta.)

Hija . . .

VICTORIA

(Con acento y actitud trágicos.)

Que en terminando la orquesta . . . ¡levanten el telón!

(Ana, consternada, se retira, y cuando ha salido, la dulce mujer, con la miseria de la especie, se doblega al peso de su pena y rompe a llorar.)



ACTO TERCERO

1908

Victoria de Alba
Estrella
Bailarina Primera
Bailarina Segunda
Bailarina Tercera
Máximo
Periodista
El Maestro de Coros
El señor Valdés
El Empresario
Jenaro
Traspunte
Un mozo

ACTO TERCERO

Un escenario a la hora del ensayo. Se ven a los lados los cuartos de los actores, telones a medio levantar, etc. Al fondo un departamento para probar los bailes, con ayuda de un piano colocado en el centro del escenario. En ese sitio está un grupo de coristas charlando con sus amigos. Fuman, ríen, etc., etc. En primer término una mesa para el apuntador, con libros y velas encendidas. El Traspunte anota en ella unos cuadernos. Son las diez de la mañana.

ESCENA I

*Máximo, el señor Valdés, el Empresario, el Traspunte
y, alrededor del piano, Coristas*

EMPRESARIO

¡Ah! Si usted quisiera ayudarnos . . . ¿Para cuándo son las subvenciones?

M A R C E L I N O D A V A L O S

VALDES

Entro en la administración armado de los mejores propósitos; veremos, veremos. Aislado valgo poco; pero estoy dentro de un grupo y ese grupo es de porvenir; dicho sea sin modestia.

ESCENA II

Dichos y Estrella

ESTRELLA

(*Al Traspunte y con voz fuerte.*)

¿Podré saber si me desocupan el cuarto o no?

TRASPUNTE

(*Señalando al Empresario.*)

Pregúnteselo a él.

ESTRELLA

¡Ay, señor... perdón! Como a usted comisionaron para urgir la desocupación...

TRASPUNTE

Y lo hice.

A S I P A S A N . . .

ESTRELLA

Al parecer todo mundo la tiene miedo. Esa gloria del año de uno, ha tomado las proporciones de un fantasma.

TRASPUNTE

(Recogiendo sus cuadernos.)

Decírselo a ella.

(Al pasar cerca de Máximo, éste le estrecha efusivamente la mano.)

MAXIMO

¡Gracias!

TRASPUNTE

De nada, Máximo.

(Vase.)

ESTRELLA

¡Ah! Si nos escuchaba el abuelito del teatro mexicano.

EMPRESARIO

Y habrá usted realizado una magna obra.

VALDES

Lo aguardo; tengamos fe.

M A R C E L I N O D A V A L O S

ESCENA III

Dichos y el Periodista

PERIODISTA

(A Estrella.)

Salud a la estrella del arte; la de la gracia; la del amor... la de mi vida...

ESTRELLA

Y Estrella de nombre... cinco estrellas. Ya podría usted haberme dicho constelación.

PERIODISTA

¿Cuál de ellas? ¿La* Serpiente? ¿La Hidra?

ESTRELLA

Señor mío...

PERIODISTA

¿La Osa Mayor?

ESTRELLA

¡Indecente!

A S I P A S A N . . .

PERIODISTA

¿La cabeza de Medusa?

ESTRELLA

¡Callarse! . . . o de lo dicho . . . ¡ni esto!

(Mordiéndose una uña.)

VALDES

Bajo esas bases y abriendo concursos dramáticos . . .

EMPRESARIO

El renacimiento, la formación de nuestro teatro . . .
el soñado teatro mexicano.

ESCENA IV

Dichos y el Traspunte con un pliego

TRASPUNTE

(A Máximo.)

¿Desea usted hablar con el empresario?

MAXIMO

Está ocupado, y como tiene sus momentos de violencia . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

TRASPUNTE

Aprovéchese; voy a entregar estos pliegos al señor Valdés, y entretanto ...

MAXIMO

Gracias.

ESTRELLA

¿Y el marido?

PERIODISTA

Sí ...

ESTRELLA

Un filántropo ... dió a la humanidad cuanto tenía ... su mujer inclusive.

PERIODISTA

Ja ... ja ... ja ...

TRASPUNTE

(A Valdés.)

Para usted, señor.

VALDES

¡Afortunadamente! gracias. Un asunto que debo llevar al Ministro. (Examinando.) La petición, el informe ... (Al Empresario.) Usted perdonará.

A S I P A S A N . . .

EMPRESARIO

Sí, señor.

TRASPUNTE

Máximo desea hablar con usted . . .

EMPRESARIO

¡Ahora? . . . hombre . . . en fin. (*Yendo hacia Máximo.*) ¿Lo pensó usted? ¿ya nos resolvemos?

MAXIMO

No, señor; venía a darle las gracias suplicándole al mismo tiempo me aguarde unos días para cubrir mi adeudo.

(*Valdés se fija en Máximo y sigue los detalles de la conversación.*)

EMPRESARIO

Sí, hombre; ¡pues no faltaba más!

MAXIMO

Gracias.

EMPRESARIO

Pero ¿y qué va usted a hacer ahora?

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

No lo sé; morirme de hambre.

EMPRESARIO

Oh, no; no ha de llegar a tanto. Sin embargo, "Tú lo quisiste, fraile Mostén . . ." Adiós.

MAXIMO

Adiós.

TRASPUNTE

Resuélvase a permanecer en la compañía.

MAXIMO

No puedo.

TRASPUNTE

Queriendo . . .

MAXIMO

He hecho por querer y no puedo.

(Siguen hablando; a poco, Valdés se acerca a ellos y habla con Máximo.)

A S I P A S A N . . .

ESTRELLA

Señor empresario.

EMPRESARIO

Primor.

ESTRELLA

¿Puedo saber hasta cuándo me desocupa el cuarto la señora doña Victoria? (*Al periodista.*) ¿No le parece, señor Morán? A esa mujer le perjudica el nombre ¡claro!; mire usted que llamarse Victoria cuando se está en ruinas . . .

PERIODISTA

Es usted demasiado hermosa para ser mala.

VALDES

(*A Máximo.*)

Lo he advertido, Máximo; no ahora, desde mucho tiempo hace, y tenía mis proyectos. La casualidad viene a precipitarlos; mejor. Venga conmigo y hablaremos.

MAXIMO

Yo temo . . .

VALDES

Andando . . . (*Al empresario.*) Hasta otra vista.

M A R C E L I N O D A V A L O S

EMPRESARIO

Unas palabritas al señor Ministro y bastará.

VALDES

Vamos, Máximo.

(Se van cogidos del brazo.)

ESCENA V

Dichos, menos Máximo y Valdés

ESTRELLA

Y en resumen...

EMPRESARIO

Le mandamos nuevo recado y...

ESTRELLA

No es por inquina, no; pero mi cuarto es húmedo y los trajes que noche a noche luzco son tan ligeros y transparentes...

EMPRESARIO

(Llamando.)

Traspunte, González...

A S I P A S A N . . .

TRASPUNTE

Señor.

VICTORIA

(Dentro, a un criado que atraviesa la escena.)

Jenaro . . . oiga usted, Jenaro.

JENARO

Ya se lo he dicho, estoy ocupado. ¡Para las propinas que da!

(Vase.)

EMPRESARIO

Así y todo, llévele otro recado.

TRASPUNTE

Está bien, señor.

(Entra al cuarto de Victoria, saliendo a poco a continuar su trabajo.)

EMPRESARIO

Hasta después, prenda.

M A R C E L I N O D A V A L O S

ESTRELLA

Hasta pronto y gracias.

EMPRESARIO

(Al Maestro de Coros, que entra.)

¡Ya están reunidos? ¡Duro y a la batuta!

(Vase.)

MAESTRO

Pierda cuidado.

ESCENA VI

*Estrella, el Periodista y el Maestro de Coros;
las Bailarinas y Coristas al fondo*

ESTRELLA

Bienvenido, maestro.

MAESTRO

Estela de nuestro tenebroso escenario ¿podemos comenzar? ¿dais la venia?

A S I P A S A N . . .

ESTRELLA

Doyla.

(Con autoridad cómica y estrechando su mano.)

MAESTRO

(Volviéndose.)

Ah . . . un buen consejo.

ESTRELLA

¿Cuál?

MAESTRO

Vistas de noche por supuesto, cuadran muy mal ligas rosa y medias negras. Son preferibles rojas.

ESTRELLA

Pero si las llevo a esta altura . . . ¿Cómo lo sabe usted?

MAESTRO

Hay en el bailecito aquel cada pируeta . . .

(Vase con las Coristas y Bailarinas.)

ESTRELLA

Hasta aquí levanto mi falda . . . hasta aquí . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAESTRO

(Desde el grupo de Coristas.)

¡Huy, qué pierna!

ESTRELLA

Pues tengo otra igualita.

PERIODISTA

Cuidado si es impertinente.

ESTRELLA

Es muy feo papel el de celoso.

(Atraviesa Jenaro con copas.)

VICTORIA

(Dentro.)

Por favor . . . eh . . . oiga usted, Jenaro.

JENARO

Ya podría fijarse . . . Voy ocupado. ¡Pues no faltaba más!

(Vase.)

MAESTRO

A ver si van ustedes despabilando esas chilucas. Primeras parejas dos pasos al frente; segundas y terceras, balanceo a los lados . . . ¡Listos!

A S I P A S A N . . .

ESTRELLA

Según y conforme; veamos el artículo.

PERIODISTA

(Saca una tira y lee.)

“Sic transit gloria mundi.”

ESTRELLA

No, así no; clarito, en cristiano, como lo manda Dios.
¿Qué quiere decir eso?

PERIODISTA

Así pasan las glorias de este mundo.

ESTRELLA

¡Ay! no; eso de “glorias” no me suena. Déjelo usted así, en francés.

PERIODISTA

Es latín.

ESTRELLA

Es igual. Al grano.

PERIODISTA

Entrando en harina, que dijo no sé quién . . . (Lee.)
“Menos mal, las piececillas con que da principio el espec-

táculo; la señora de Alba sabe despertar viejas y dormidas fibras y el público recompensa noche a noche su labor. En las zarzuelas finales no convence; aunque en el teatro *tutto e convencionale*, preferimos una joven fingiéndose vieja a una vieja fingiéndose joven. La señora de Alba ya cumplió; brillo del México de sesenta y tantos —como si dijésemos, el México-comedia—, alcanzó su apogeo en el dramático; pero en nuestro México-sicalíptico, franca-mente, no encaja." (*Hablado.*) ¿Qué tal?

ESTRELLA

No me agrada. ¿A qué viene la política en todo esto?

PERIODISTA

El color del periódico . . .

ESTRELLA

¡Qué color ni qué calabazas! Yo le recomendé a usted no olvidar sus setenta y pico de años . . .

PERIODISTA

Sesenta y tantos . . .

ESTRELLA

Es igual. De sus achaques; por ejemplo: el reuma . . .

A S I P A S A N . . .

PERIODISTA

Pero si no lo padece . . .

ESTRELLA

Se busca una manera de insinuarlo . . . Al fin, si no lo padece, lo padecerá.

MAESTRO

(A las Bailarinas.)

No se puede pedir mayor torpeza; la verdad, se necesita ser animal. Si andamos mal de pies, hipotecar los caílos para reducirlos a menos; pero para cobrar decenas, más vergüenza.

ESTRELLA

(Despidiéndose con enojo de Morán.)

Maestro . . .

(Con coquetería.)

MAESTRO

Primor.

ESTRELLA

Estoy rabiosa con usted.

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAESTRO

(Presentándole un brazo.)

Pues anda, hija mía . . . muerde y así tenga que pasar al instituto antirrábico.

ESTRELLA

No burlarse: hablo en serio. ¡Huy! ¡No saber llevar una flor!

MAESTRO

(Estrella le acomoda la flor.)

Hija . . . ¡Ay! ¿Qué perfume usas?

ESTRELLA

Lirio de las pampas.

MAESTRO

¡Despampanante! . . . ¡Ay! . . .

ESTRELLA

(Acabando de acomodar la flor.)

Así . . . eso es . . .

BAILARINA 1^a

¡Es amargo nuestro pan!

A S I P A S A N . . .

BAILARINA 2^a

Para nosotras . . . para ellas . . . (*Señalando a Estrella.*) Mírenla.

BAILARINA 1^a

Tiene usted razón . . . Nosotras y el coro.

ESTRELLA

(*Con zalamería.*)

¡Esta noche? Soy temible. ¡Cuidadito conmigo!

(*Morán está en ascuas.*)

MAESTRO

¡No piensa usted conmigo, señor Morán, que estas adorables muñequitas son inofensivas?

PERIODISTA

¡Ay! Si yo lo supiera . . .

MAESTRO

He sido para ellas un rendido a discreción. Las divido en cuatro grupos y ofrendo en sus aras según su advocación. Las hay que atacan y vencen por su talento al decir; por su talento al cantar; otras por la sola exhibición del palmito, y otras triunfan por las . . . piernas . . . Je . . .

je . . . je . . . no sea usted mal pensado: las bailarinas. Las ofrendo, si triunfan por el cuerpo, una flor que, colocada en . . . Dios me guarde, convierte ese nido de amor (*por los senos*) en el punto estratégico de miradas incendiarias. Si triunfan por los pies, medias de seda, ligas, etc. A esta mi devoción he debido que esas diosas-muñequitas me sean siempre propicias.

PERIODISTA

¿Y a las que triunfan por el cantar o el decir?

MAESTRO

Cuando un caso de esos se presente —si se presenta—, veremos.

ESTRELLA

Maestro, por Dios . . . A propósito: yo tengo antojo . . .

MAESTRO

Grave . . . gravísimo.

ESTRELLA

De . . .

PERIODISTA

(*Al oído.*)

Se modificará el artículo.

A S I P A S A N . . .

ESTRELLA

¿Según lo convenido?

PERIODISTA

Sí.

ESTRELLA

Y se publicará . . .

PERIODISTA

Mañana.

ESTRELLA

(*Estrechándole la mano.*)

Chócala.

MAESTRO

¿Y a todo esto, yo . . .?

ESTRELLA

Ah, sí, vaya, vaya usted. (*A Morán.*) Eso es entrar en razón.

ESCENA VII

Dichos y Victoria arrastrando fatigosamente un baúl

TRASPUNTE

(Dejando su trabajo y acudiendo solícito en ayuda de Victoria.)

Señora, por Dios . . . llame usted a Jenaro.

VICTORIA

Varias veces lo hice; no ha entendido.

TRASPUNTE

Deje . . . déjeme; ¿a dónde lo llevo?

VICTORIA

No sé; tal vez al cuarto de la señorita.

TRASPUNTE

Aquí están las cosas de la señora de Alba ¿dónde se ponen?

A S I P A S A N . . .

ESTRELLA

(Muy afable.)

¡Ay! perdone usted, señora . . . ¡Soy tan distraída! En todo había pensado, menos en desocupar mi cuarto. ¡Nada quedó en el suyo?

VICTORIA

Nada.

ESTRELLA

¡Eso es todo!

VICTORIA

Todo.

ESTRELLA

Un momento. *(Llamando.)* Jenaro.

JENARO

(Acudiendo de carrera.)

Señorita.

ESTRELLA

Ve a mi cuarto y saca mis cachivaches; con todo cuidado los traes a ése.

(Señalando el de Victoria.)

M A R C E L I N O D A V A L O S

JENARO

Muy bien.

ESTRELLA

Busca alguien que te ayude.

JENARO

Sí, señorita.

(Vase; momentos después empiezan a pasar muebles lujosísimos al cuarto de Victoria.)

ESTRELLA

Usted perdonará . . .

VICTORIA

No hay de qué.

MAESTRO

(A las Bailarinas y Coristas.)

Es un baile de bayaderas; perseguidas por un dios, se arrojan al Ganges . . . Eso pide el autor, pero de ver cómo lo hacen ustedes . . . ¡cuálquiera se lo cree! A lo mejor van a pensar en una piara de marranas perseguidas por un perro.

A S I

P A S A N . . .

(Victoria, al oír lo anterior, vuelve la cabeza y escucha apesadumbrada al Maestro de Coros.)

BAILARINA 1^a

¡Pero, señor!

MAESTRO

¿Decía usted?

BAILARINA 1^a

Estamos dispuestas a hacer cuanto se nos diga; pero ni es esa la forma de reprender, ni la de enseñar.

MAESTRO

¡Usted enseña como es debido! ¿No le conviene?...
Vea al empresario.

TRASPUNTE

(A Victoria.)

Siéntese usted. *(Victoria se sienta sobre su baúl.)* No, allí no; traeré una silla.

VICTORIA

Así estoy bien.

M A R C E L I N O D A V A L O S

TRASPUNTE

Me vuelvo a mi trabajo.

VICTORIA

Haga usted lo que guste.

TRASPUNTE

Y en cuanto terminen de pasar las cosas, volveré.

(*Vase.*)

VICTORIA

Gracias; mil gracias.

ESCENA VIII

Dichos, menos el Traspunte

ESTRELLA

(*Por Victoria.*)

Provóquela y verá . . . ¡es cosa de reventar, sobre todo si empieza con su Peralta, un tal Castro! . . . ¡no sé yo cuántos más! Y Gabriel Alcorta, por supuesto.

PERIODISTA

No tiene objeto.

A S I P A S A N . . .

MAESTRO

(Desde el fondo.)

Stella . . . Stella . . .

ESTRELLA

Maestro.

MAESTRO

Una consulta profesional . . .

ESTRELLA

(A Morán.)

Permiso . . . *(Por Victoria.)* Eche usted palique, se divertirá.

PERIODISTA

Lo haré.

ESTRELLA

(A los mozos que conducen sus objetos.)

¡Pedazos de bestias!, se figuran ir cargados de piedra . . .
¡Pobres muebles míos! Un momento, maestro.

(Vase a su cuarto.)

ESCENA IX

Dichos, menos Estrella

PERIODISTA

(Con embarazo y sin saber cómo abordar la conversación, empieza entre burlón y agresivo; poco a poco cambia su actitud, que al fin de la escena se habrá transformado en admiración entusiasta hacia la infortunada actriz.)

Este nuevo género de obras ha de fatigarla.

VICTORIA

Más el espíritu que el cuerpo.

PERIODISTA

¡Pobre espíritu! ¿Y puede usted transigir? . . .

VICTORIA

En arte y religión he profesado la más amplia tolerancia.

A S I P A S A N . . .

PERIODISTA

¿Siempre?; estas nuevas artistas, con su ¿cómo diré? ligereza, la disgustan de fijo . . .

VICTORIA

Oh, no; las compadezco con toda mi alma. Pero . . . mi cabeza se inclina . . . mi espalda me habla de vez en cuando de la edad que llevo a cuestas; no tardarán en vacilar los pies . . . ¡Oh! de otra suerte, yo comunicaría entusiasmo hacia esta generación; yo les diría: ¡Vamos a la reconquista del templo! el *sancta sanctorum* está dentro . . . Franqueé una vez la entrada, la franquearé de nuevo.

PERIODISTA

Eran otros días; hoy todo es baile . . .

VICTORIA

El baile es arte. Verá usted: allá, en sesenta y ocho, escribió para mí un elevado poeta la tragedia «Fatalidad» . . .

PERIODISTA

Gabriel Alcorta.

VICTORIA

¿Le conoció?

PERIODISTA

No personalmente... pero el nombre ¿quién lo ignora?

VICTORIA

(Con voz humedecida por el llanto.)

Un buen amigo mío...

PERIODISTA

Murió trágicamente.

VICTORIA

He procurado olvidarlo... Le amé en sus libros... luego, para mí... vive... y aún platico con él al hojear sus tragedias... ¡mis antiguas creaciones!... Decía yo que, en «Fatalidad», hay un baile al pie de la estatua de Afrodita. Entre las bailarinas, una, la primera, realizaba en el baile una asombrosa labor: la voluptuosidad, el misterio del ritmo... no sé. Yo debía estar en las gradas del pedestal, y la miraba en sus giros; más que mujer era una alma torturando un cuerpo demasiado burdo para seguirla en sus vuelos de mariposa... Y bailaba... bailaba... Cuando el público estremecía con sus aplausos el teatro, la infeliz, palpitante, extraviados los ojos, transfigurada... parecía poseída de un fuego sagrado. ¡Oh, la incommensurable gama del arte!

A S I P A S A N . .

PERIODISTA

Razón de más para condenar el presente.

VICTORIA

No; ¿sabemos acaso si esta época del arte es la podredumbre, el limo que abonará la flora de una próxima primavera? ¿un arte nuevo?

PERIODISTA

¿Tiene usted fe?

VICTORIA

La tengo.

PERIODISTA

¿Espera usted?

VICTORIA

Espero.

PERIODISTA

¿Es usted sincera?

VICTORIA

A mi edad . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

PERIODISTA

No puedo explicarme cómo puede usted transigir...
todavía más: no culpar a estas artistas, pues como quiera
que sea... triunfan.

VICTORIA

¡Culparlas! Ellas no han formado al público; es el
público quien las forma.

PERIODISTA

¿Ni a Estrella quiere usted mal?

VICTORIA

No, señor; en manera alguna.

PERIODISTA

*(Sacando el artículo y haciéndo-
lo pedazos.)*

¡Oh! Perdón, señora.

VICTORIA

¿Qué hace usted?

PERIODISTA

Despierto, me libro de una pesadilla. *(Arroja los pe-
dazos.)* Ahora sí; ¿me permite usted estrechar su mano?

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

Con mil amores.

PERIODISTA

Perdóneme usted . . . y gracias.

(Retirándose, y cerca de la salida se detiene un momento pensativo.)

VICTORIA

Hubiera sido en aquellos tiempos uno de mis legionarios.

PERIODISTA

(Volviéndose.)

¡Ah! si Estrella pregunta por mí, le suplico decírla fuí en busca de algo que traía traspapelado . . .

VICTORIA

¿Y qué es ello?

PERIODISTA

¡La vergüenza!

VICTORIA

¡Oh!

M A R C E L I N O D A V A L O S

PERIODISTA

Adiós.

(Estrechándole las manos.)

VICTORIA

Adiós.

ESCENA X

Dichos, y el Empresario

EMPRESARIO

¿Se marcha?

PERIODISTA

Hasta después.

(Vase.)

BAILARINA 1^a

Necesitamos hablar.

*(Todas las Bailarinas y Coristas
le rodean.)*

EMPRESARIO

Más tarde.

A S I P A S A N . . .

BAILARINA 1^a

Ahora . . . ¡nuestra liquidación! No soportamos más.

MAESTRO

¡Claro! si son insoportables.

EMPRESARIO

Calma, calma; todo se arreglará.

BAILARINA 1^a

Sí; de acuerdo con el maestro.

EMPRESARIO

No, hijas; de acuerdo con ustedes. (*Acariciándolas.*)
¡Picaronazas! a esperar un momento. (*Al Maestro de Cor-
tos.*) ¡Téngalas paciencia!

MAESTRO

Ni la de Job.

EMPRESARIO

(*Llevándole aparte.*)

El negocio es el negocio . . . Son las piernas . . . digo,
las columnas de mi teatro.

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAESTRO

Vaya por Dios.

EMPRESARIO

A propósito, señora de Alba.

VICTORIA

Diga . . .

ESCENA XI

Dichos y Estrella

ESTRELLA

A la orden, maestro; ¿y Morán?

MAESTRO

Se fué.

ESTRELLA

¡Cómo!

MAESTRO

Así . . . yéndose.

A S I P A S A N . . .

ESTRELLA

Es raro.

BAILARINA 1^a

Y mientras no se arregle, no ensayamos y no. ¡Me parece!

EMPRESARIO

Como usted comprenderá, no puedo pagar dos características. El público se contenta con cualquier cosa; a usted no le falta talento . . . vamos.

VICTORIA

¿Pero ya no cumple?

EMPRESARIO

Al contrario.

VICTORIA

Hace veinte años, el negocio marchaba viento en popa . . . no era usted dueño del teatro aún. Me ofreció un día de aquellos un banquete . . . ¿lo recuerda?

EMPRESARIO

Está bien; pero ahora . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

A la hora del champagne brindó usted por mí, confesando ante todos deberme su fortuna; ¿era verdad?

EMPRESARIO

¿A qué recordar? . . .

VICTORIA

¿Lo era?

EMPRESARIO

Sí, señora . . . pero . . .

VICTORIA

Nunca exigí nada . . . Concédame por lo menos esa gracia: no trabajar sino en obras que se avengan a mi edad, a mí . . .

EMPRESARIO

No es posible, los tiempos han cambiado; no es posible. Si no puede someterse, me veré en la dolorosa necesidad . . .

VICTORIA

No, no; está bien . . . trabajaré . . .

A S I P A S A N . . .

EMPRESARIO

Es natural.

VICTORIA

En mi casa estuvo ayer helado el fogón . . . como no encendí lumbre . . .

(Con una dolorosa sonrisa.)

EMPRESARIO

¿Y se ríe usted?

VICTORIA

Pensaba: si no me someto . . . seré yo quien se hiele . . .

EMPRESARIO

Ya, ya; no entristerse. Hoy le estudiarán su papelito; la voz no es mala . . . tendrá buen éxito, tendrá.

ESTRELLA

(Que está en espera de interro-gar a Victoria.)

Si yo le preguntara . . .

EMPRESARIO

Voy a ordenar al maestro.

(Va hacia el Maestro de Coros.)

M A R C E L I N O , D A V A L O S

ESTRELLA

Perdone usted, señora; ¿y Morán?

VICTORIA

Se fué.

ESTRELLA

¿Dijo si volvería?

VICTORIA

Tal vez no.

(Estrella, despechada, se fija en los papeles esparcidos por el suelo; los recoge y va a sentarse procurando acomodarlos sobre su falda.)

BAILARINA 1^o

(Al Empresario.)

De otro modo, nos sepáramos.

EMPRESARIO

Todo está arreglado, he dicho.

MAESTRO

Fué una violencia mía; no se repetirá.

A S I P A S A N . . .

EMPRESARIO

Ahora, ensaye usted su parte a la señora de Alba.

MAESTRO

¿Y querrá?

EMPRESARIO

La he convencido. Adiós.

(*Vase.*)

ESCENA XII

Dichos, menos el Empresario.

ESTRELLA

(*Que ha logrado acomodar unos pedazos, y comprendiendo todo.*)

¡Ah! el articulito . . . ¡plancha! Para lo que yo necesito de su periódico mamarracho. (*Arroja los pedazos y se dirige al Maestro.*) Maestro, hoy come usted conmigo.

MAESTRO

Cuanto de comer me des.

M A R C E L I N O D A V A L O S

ESTRELLA

¿Ha terminado?

MAESTRO

Sólo falta la señora de Alba. La estudiamos sus coplas
y a continuación . . .

VICTORIA

(Ha abierto su baúl y busca entre varios papeles de dramas, el papel de la pieza final.)

¿En dónde habré puesto ese papel?

BAILARINA 1^a

(Acercándose a Victoria con temor, le dice cariñosamente:)

Señora . . .

VICTORIA

Hija.

BAILARINA 1^a

¿Está usted triste?

VICTORIA

Triste no; acobardada.

A S I P A S A N . . .

BAILARINA 1^a

¿Por qué?

MAESTRO

Estoy listo, señora.

VICTORIA

Busco el papel . . . un momento.

MAESTRO

¿Te duele aún?

ESTRELLA

¡Ni esto! Valiente embarratinta.

BAILARINA 1^a

Siempre . . . si usted lo toma a mal . . .

VICTORIA

Al contrario, hija; y gracias. (*Leyendo.*) «Muñoz, Visitador de México»; «Indulgencia para todos»; «La Conjuración de México»; «El Torneo.» (*Hablado.*) Papelos que guardo de mi antiguo repertorio y por devoción a sus autores. (*Lee.*) «Cordón de seda.» ¿Y me vas a estudiar mi copla?

M A R C E L I N O D A V A L O S

BAILARINA 1^a

Y el baile, señora.

VICTORIA

(*Leyendo.*)

«La gloria del dolor»; «El pasado»; «El pan de cada día», «Sin esperanza»; «Los dioses se van.» (*Hablado.*)
¿Y es difícil el baile?

BAILARINA 1^a

No. ¡Tenemos todas a usted tanto cariño!

VICTORIA

¡Hija mía! . . . (*Lee.*) «La hija del Rey.» (*Hablado.*)
Aqui está: «La bayadera.» Cuando usted guste, maestro.
(*A la bailarina.*) No te vayas y aconséjame con franqueza.

MAESTRO

(*A Estrella.*)

Un momento.

ESTRELLA

Está bien. ¡El muy cochino! . . . si se habrá figurado . . .

A S I P A S A N . . .

MAESTRO

(En el piano.)

El compás es dos por cuatro y después de tres compases de cuenta, empieza usted. Le diré antes, y fíjese: uno, dos, tres . . .

(Cantando a media voz.)

Soy el aya de una estrella . . .

(Hablando, a Estrella.)

No se trata de ti . . . ¡caramba! Y no te ha preocupado, dices.

ESTRELLA

Ni pizca.

MAESTRO

Lo veo.

(Cantando.)

Soy el aya de una estrella.

¡Mal haya ella!

Aunque afirman que es doncella,
de . . . parto alegremente con ella.

(Hablando.)

Ahora, mientras pasan estos compases, un baile sencillito, haciendo un retobito con la pierna. (Tararea.) Tra, la, la, la, la, la; tra, ra, la, la, la, la. ¿Se fijó bien?

M A R C E L I N O D A V A L O S

VICTORIA

Sí, sí.

MAESTRO

Á ver si es cierto. Uno, dos, tres . . .

VICTORIA

(Cantando en voz baja.)

Soy el aya de una estrella.

MAESTRO

Agudo, arriba. *(Canta.)* Estrella . . .

VICTORIA

(Canta.)

Soy el aya de una estrella . . . *(Hablado.)* ¿Voy bien?

MAESTRO

Sí, adelante.

VICTORIA

(Canta.)

¡Mal haya ella!

MAESTRO

Ahora, en estos compases el baile. *(Canta.)* Tra, la,
la, la . . . *(Hablado.)* ¿Qué sucede?

A S I P A S A N . . .

VICTORIA

Voy . . . sí . . . sí, señor; voy.

MAESTRO

(Canta.)

Tra, la, la . . . ¿No se anima? A ver, Stella, por cari-
dad, hija . . .

ESTRELLA

No lo sé; sin embargo . . .

MAESTRO

Mucho cuidado: recuerde que no forma, ni puede for-
mar parte de nuestra obligación . . .

VICTORIA

No, por supuesto. Me fijaré, sí, señor, me fijaré.

BAILARINA 1^a

Animo, señora; después estudiaremos.

MAESTRO

(Tocando.)

Una, dos, tres . . .

M A R C E L I N O D A V A L O S

ESTRELLA

(Canta y baila la copla completa, graciosa y un tanto canallesca.)

Soy el aya . . . , etc.

MAESTRO

Y así las demás coplas.

VICTORIA

Está bien, gracias, señorita. Puede usted comenzar, maestro . . .

MAESTRO

Una, dos, tres . . .

VICTORIA

*(Se deja caer sobre el baúl, llo-
rando como una niña.)*

No puedo . . . no puedo . . . no puedo . . .

BAILARINA 1^ª

(Acariciándola.)

Señora . . .

(En este momento aparece Máximo.)

A S I P A S A N . . .

MAESTRO

(*A Estrella.*)

Todo es drama para esa tía.

ESTRELLA

Vámonos.

MAESTRO

(*A Victoria.*)

Ya usted lo sabe: la empresa.

ESCENA XIII

Dichos y Máximo

MAXIMO

(*Encarándose al Maestro de Coros.*)

¡Eh! poco a poco . . . La señora de Alba no trabaja más.

(*Victoria vuelve la vista con asombro y toda acoquinada.*)

MAESTRO

¿Cómo?

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

¿No hablo español?

MAESTRO

Por mí... (*A Estrella.*) Vámonos, hija.

(*Vanse.*)

ESCENA XIV

Victoria, la Bailarina 1º y Máximo

BAILARINA 1º

(*A Victoria, acariciándola.*)

Adiós, señora; adiós, Máximo... La felicito con toda mi alma, señora.

(*Vase.*)

ESCENA ULTIMA

Victoria y Máximo

VICTORIA

Máximo... ¿por qué?

A S I P A S A N . . .

MAXIMO

Amiga mía, mañana otorgaré la protesta como Profesor en el Conservatorio.

VICTORIA .

(Sin querer comprenderle.)

Muy bueno y muy merecido . . . pero yo . . .

MAXIMO

Rechazaste mi juventud: no amargarás mi vejez rechazando el sitio que te ofrezco en mi casa.

VICTORIA

¡No puede ser . . . no, amigo mío . . . no . . . no será!
(Se levanta anhelosa, y como agonizante que se aferra a la vida, exclama:) ¡Trabajaré! ¡trabajaré! . . . ¡Maestro! ¡maestro!

(Llamándole a gritos.)

MAXIMO

*

Calla, por Dios.

VICTORIA

No, no.

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

¿Quién te impide la entrada en mi casa?

VICTORIA

¡El recuerdo! Tú lo has dicho; amargué tu juventud.

MAXIMO

Pero al decirlo me olvidé agregar: no fué dulce la tuya.
Deja por lo menos que pasen tranquilos nuestros últimos
días.

VICTORIA

Máximo, no es posible, no.

MAXIMO

(Enlazándola suavemente.)

Si el presente es frío, la memoria del pasado entibiará
el hogar.

VICTORIA

*(Pugnando por desasirse de los
brazos de Máximo.)*

¡Déjame, deja! . . . ¡trabajaré! . . . ¡Maestro!

MAXIMO

Amiga mía . . . no puedes ya.

VICTORIA

(Con amargura.)

¡Cigarra que cantaste en el verano, baila, si no quieres morirte de hambre en el invierno! ¡Baila . . . baila!

MAXIMO

Cede a mi ruego; recuerda aquellos días.

VICTORIA

No; el artista debería saber morir . . . como el sol, como la flor: cuando aún brillan o perfumán. Tienen frescura los pétalos, perfume . . . llega el viento . . . y las deshoja. Pleno de luz se hunde el sol. ¿Qué pasaría, Máximo, si el sol quedara por noches en el cielo? Pasaría, Máximo, que, como las cosas ansían quietud y las almas soñar y los cuerpos reposo, las almas y las cosas le gritarían: "Nos lastimas, ¡húndete! . . . Nos estorbas, ¡vete!" Así, así siento algo que me empuja; la voz de la tierra me grita: "Ven, ya es tiempo, ven" . . . ¡Oh, el artista debería saber morir!

MAXIMO

Calla, por Dios.

VICTORIA

Juventud, primavera de un día . . . Vejez, invierno interminable . . . ¿qué será de mí?

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

(Como un eco.)

Cigarra que pasaste la juventud cantando . . . no bailarás en el invierno; mi hogar te aguarda.

VICTORIA

No, no . . .

MAXIMO

Seremos aún felices.

VICTORIA

¿Qué va a decir el mundo?

MAXIMO

Que juntamos nuestra dolorosa vejez . . . y reirá si túquieres; pero su risa no llegará a nuestro rinconcito, en donde yo te veré como a mí hermana, mi amiga. ¡Amamos tanto para el público en los dramas! . . . ¡toda la vida! Justo es, si nuestra labor termina, que amemos un poquito para nosotros mismos.

VICTORIA

(Casi vencida.)

Máximo . . . ¡a nuestra edad!

A S I P A S A N . . .

MAXIMO

Pero si no hemos vivido. Siempre entre bambalinas y
bastidores . . . ¡mentira nada más! Hoy que para nosotros
comienza la realidad de la existencia, hasta hoy es que
comenzamos a vivir.

VICTORIA

¡Vida breve!

MAXIMO

Si un momento se ama, ese momento es una eternidad.

VICTORIA

Cierto.

MAXIMO

¿Lo ves?

VICTORIA

(Como un reclamo.)

¡Máximo! . . .

MAXIMO

Amiga mía.

VICTORIA

¿Nadie nos oye?

M A R C E L I N O D A V A L O S

MAXIMO

Nadie.

VICTORIA

Mira bien, por Dios.

MAXIMO

(Después de hacerlo.)

Nadie.

VICTORIA

Ven entonces y dime: ¿No vas a reirte si te hago una confesión? ¿No te reirás?

MAXIMO

Habla.

VICTORIA

Mira otra vez; si nos oyieran . . .

MAXIMO

El ensayo del baile es lejos; los demás se han ido . . .
habla.

VICTORIA

Es cierto, es cierto; aquí lo h̄e sentido. (*Por el corazón.*) Y vive aún . . . el amor vive. No un amor como aquél, no el de la juventud, no; el amor del invierno, la primavera de la nieve . . . la vida del recuerdo . . . ¡Oh . . . hermoso! ¡Cigarrilla que pasé cantando el verano, no tendré que bailar en el invierno! . . . ¡Hermoso! . . . ¡muy hermoso!

MAXIMO

¡Mi dulce amiga!

VICTORIA

Sí, sí . . . vieja es la tierra, viejo el sol: se aman aún, se besan y de su beso brota la primavera . . . ¡Máximo!

MAXIMO

Sigue . . .

VICTORIA

Créemelo. No es que huyera el color negro de mis cabellos, como no se fué el rosa de mis mejillas. Pasó esto: una tinta blanca cubrió mi cabeza y otra amarilla invadió mi faz. Ja . . . ja . . . ja . . . Luego, el negro de mis cabellos y el rosa de mis mejillas quedaron dentro; ¿dónde? ¡quién lo sabe! Tal vez se fueron a refugiar al corazón y es por

M A R C E L I N O D A V A L O S

eso que mi corazón es joven... ¡Máximo! ¡Oh, amor blanco! ¡Juventud del invierno! ¡Primavera de la nieve!... ¡Florece... florece... florece!...

*(Al unirse en amoroso abrazo,
el hábito de lo trágico pasa una
vez tan sólo por el vetusto y
prostituido escenario.)*

T E L O N

Í N D I C E

	Págs.
Advertencia	V
Prólogo	VII
Acto Primero	5
Acto Segundo	61
Acto Tercero	109

EN LA IMPRENTA UNIVERSITARIA,
BAJO LA DIRECCIÓN DE FRANCISCO
MONTERDE, SE IMPRIMIÓ ESTA OBRA.
HIZO LAS ILUSTRACIONES DE ELLA
FRANCISCO MONTERDE FERNÁNDEZ.

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

PRIMERA SERIE

- Vol. 1. *El Libro del Consejo*. Traducción y notas de Georges Raynaud, J. M. González de Mendoza y Miguel Ángel Asturias. Prólogo de Francisco Monterde.
- Vol. 2. *Crónicas de la Conquista*. Introducción, selección y notas de Agustín Yáñez.
- Vol. 3. *Méjico en 1554*, por Francisco Cervantes de Salazar. Prólogo y notas de Julio Jiménez Rueda.
- Vol. 4. *Autos y Coloquios del Siglo XVI*. Prólogo y notas de José Rojas Garcidueñas.
- Vol. 5. *Los Pechos Privilegiados*, por Juan Ruiz de Alarcón. Estudio preliminar de Julio Jiménez Rueda.
- Vol. 6. *Las Paredes Oyen*, por Juan Ruiz de Alarcón. Edición conmemorativa del II Centenario de la muerte del autor.
- Vol. 7. *Poesías Profanas*, de Fr. Manuel Navarrete. Prólogo y selección de Francisco Monterde.
- Vol. 8. *Semblanzas e Ideario*, de Lucas Alamán. Prólogo y selección de Arturo Arnáiz y Freg.
- Vol. 9. *Pueblo y Canto*, por Ángel de Campo. Prólogo y selección de Mauricio Magdaleno.
- Vol. 10. *Prosas*, de Justo Sierra. Prólogo y selección de Antonio Caso.

SEGUNDA SERIE

- Vol. 11. *Poesía Indígena*. Selección, versión, introducción y notas de Ángel María Garibay K.
- Vol. 12. *Crónicas de Michoacán*. Selección, introducción y notas de Federico Gómez de Orozco.

Vol. 13. *Relaciones Históricas*, de Carlos de Sigüenza y Góngora. Selección, prólogo y notas de Manuel Romero de Terreros.

Vol. 14. *Los Empeños de una Casa*, de Sor Juana Inés de la Cruz. Prólogo de Julio Jiménez Rueda.

Vol. 15. *El Pensador Mexicano*, de J. Joaquín Fernández de Lizardi. Estudio preliminar, selección y notas de Agustín Yáñez.

Vol. 16. *El Gallo Pitagórico*, de Juan Bautista Morales. Estudio preliminar de Mauricio Magdaleno.

Vol. 17. *Musa Callejera*, de Guillermo Prieto. Prólogo y selección de Francisco Monterde.

Vol. 18. *Aires de México*, prosa de Ignacio M. Altamirano. Prólogo y selección de Antonio Acevedo Escobedo.

Vol. 19. *Selva y Mármoles*, de Joaquín Arcadio Pagaza. Introducción, selección y notas de Gabriel Méndez Plancarte.

Vol. 20. *Cuentos, Crónicas y Ensayos*, de Manuel Gutiérrez Nájera. Prólogo y selección de Alfredo Maillefert.

TERCERA SERIE

Vol. 21. *Libro de Chilam Balam de Chumayel*. Prólogo y traducción de Antonio Mediz Bolio.

Vol. 22. *Doctrina*, de Fr. Bartolomé de las Casas. Prólogo y selección de Agustín Yáñez.

Vol. 23. *Grandeza Mexicana*, por Bernardo de Balbuena. Edición y prólogo de Francisco Monterde.

Vol. 24. *Humanistas del Siglo XVIII*. Estudio y selección de Gabriel Méndez Plancarte.

Vol. 25. *Ensayos, Ideas y Retratos*, por José María Luis Mora. Prólogo y selección de Arturo Arnáiz y Freg.

Vol. 26. *Estudios*, de Gabino Barreda. Prólogo y selección de José Fuentes Mares.

Vol. 27. *La Linterna Mágica*, por José Tomás de Cuéllar. Prólogo y selección de Mauricio Magdaleno.

Vol. 28. *Relatos*, de José María Roa Bárcena. Prólogo y selección de Julio Jiménez Rueda.

Vol. 29. *La Hija del Rey*, por José Peón y Contreras. Prólogo de Ermilo Abreu Gómez.

Vol. 30. *Poesía Romántica*. Prólogo de José Luis Martínez y selección de Alí Chumacero.

CUARTA SERIE

Vol. 31. *Mitos Indígenas*. Estudio preliminar, selección y notas de Agustín Yáñez.

Vol. 32. *Los Señores de la Nueva España*, por Alonso de Zorita. Prólogo y notas de Joaquín Ramírez Cabañas.

Vol. 33. *Poetas Novohispanos (1521-1621)*. Estudio, selección y notas de Alfonso Méndez Plancarte.

Vol. 34. *Por los Campos de México*, de Rafael Landívar. Prólogo, versión y notas de Octaviano Valdés.

Vol. 35. *Testimonios de Guadalajara*. Prólogo y selección de José Cornejo Franco.

Vol. 36. *Discursos, Memorias e Informes*, por Miguel Ramos Arizpe. Notas biográficas y bibliográficas y acotaciones de Vito Alessio Robles.

Vol. 37. *Indulgencia para Todos*, por Manuel Eduardo de Gorostiza. Prólogo de Mario Mariscal.

Vol. 38. *Opúsculos y Biografías*, por Joaquín García Icazbalceta. Prólogo y selección de Julio Jiménez Rueda.

Vol. 39. *Cuentos*, de Rafael Delgado. Prólogo y selección de Francisco Monterde.

Vol. 40. *El León y la Virgen*, por Ramón López Velarde. Prólogo y selección de Xavier Villaurrutia.

QUINTA SERIE

Vol. 41. *Crónica Mexicana*, de Hernando Alvarado Tezozómoc. Prólogo y selección de Mario Mariscal.

Vol. 42. *Suma Indiana*, de Fray Bernardino de Sahagún. Estudio preliminar de Mauricio Magdaleno.

Vol. 43. *Poetas Novohispanos*. (Primera parte del segundo siglo: 1621-1721.) Estudio, selección y notas de Alfonso Méndez Plancarte.

Vol. 44. *Capítulos de Historia y Disertaciones*, por Francisco Javier Clavijero. Estudio y selección de Julio Jiménez Rueda.

Vol. 45. *Los Sirgueros de la Virgen*, por Francisco Bramón, y *La Portentosa Vida de la Muerte*, por Fr. Joaquín Bolaños. Prólogo de Agustín Yáñez.

Vol. 46. *Poliantea*, por el Conde de la Cortina. Introducción y selección de Manuel Romero de Terreros.

Vol. 47. *A Ninguna de las Tres*, por Fernando Calderón. Estudio preliminar de Francisco Monterde.

Vol. 48. *Estudios Escogidos*, por José de J. Díez de Sollano y Dávalos. Prólogo y selección de Oswaldo Robles.

Vol. 49. *Ensayos*, de Ignacio Ramírez. Prólogo y selección de Manuel González Ramírez.

Vol. 50. *Paisaje*, de Manuel José Othón. Prólogo y selección de Manuel Calvillo.

SEXTA SERIE

Vol. 51. *Epica Náhuatl*. Selección, introducción y notas de Angel María Garibay K.

Vol. 52. *Vidas franciscanas*, de Fr. Jerónimo de Mendieta. Prólogo y selección de Juan B. Iguíniz.

Vol. 53. *La conjuración de Martín Cortés y otros temas*, de Juan Suárez de Peralta. Selección y prólogo de Agustín Yáñez.

Vol. 54. *Poetas Novohispanos*. (Segunda parte del segundo siglo: 1621-1721.) Estudio, selección y notas de Alfonso Méndez Plancarte.

Vol. 55. *Gil Blas de Santillana, en México*, de Bernardo María de Calzada. *Sueño de sueños*, de José Mariano Acosta Enríquez. Prólogo y selección de Julio Jiménez Rueda.

Vol. 56. *Escritos y Memorias*, de Fray Servando Teresa de Mier. Selección y prólogo de Edmundo O'Gorman.

Vol. 57. *Astucia*, de Luis G. Inclán. Prólogo y selección de J. de J. Núñez y Domínguez.

Vol. 58. *Artículos y Narraciones*, de Manuel Payno. Selección y prólogo de Francisco Monterde.

Vol. 59. *Retratos y Estudios*, de Emilio Rabasa. Selección y prólogo de Manuel González Ramírez.

Vol. 60. *Así pasan . . .*, de Marcelino Dávalos. Prólogo de José Rojas Garcidueñas.



BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE UNIVERSITARIO

UNIVERSAL
LIBRARY



130 226

UNIVERSAL
LIBRARY